

JAVIER SÁDABA
**PORQUE SOY
LIBERTARIO**



JAVIER SÁDABA
**PORQUE SOY
LIBERTARIO**



CATARATA

JAVIER SÁDABA

Nació en Portugalete, pero es madrileño de adopción. Ha sido catedrático de Ética en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha estudiado en Madrid, Italia, Alemania, Reino Unido y Estados Unidos. Ha escrito cerca de cuarenta libros y numerosos artículos tanto académicos como de divulgación. Sus principales campos y temas de interés son el pensamiento de Wittgenstein, la filosofía moral, la filosofía de la religión, la vida cotidiana y la bioética. Su presencia en los medios de comunicación ha sido continua. Siempre crítico con el poder y defensor del marginado, su ideal político es el socialismo libertario y su equipo el Athletic de Bilbao.

Javier Sádaba

Porque soy libertario



DISEÑO DE CUBIERTA: ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

© JAVIER SÁDABA GARAY, 2019

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2019

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 05 04

FAX. 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

PORQUE SOY LIBERTARIO

ISBN: 978-84-9097-890-0

ISBN: 978-84-9097-904-4

DEPÓSITO LEGAL: M-36.654-2019

THEMA: JPFB

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

CAPÍTULO 1
ANARQUISTAS, PENSAMIENTO LIBERTARIO,
LIBREPENSADORES Y LIBERTINOS

Comenzaré con el anarquismo. La palabra parece que la utilizó por primera vez Proudhon, quien fue martirizado después por Marx como si se tratara de un mero diletante incapaz de subir al carro blindado de la ciencia. Pero, antes de seguir, permítaseme añadir que el anarquismo no es un invento o práctica política solo occidental, sino que se lo debemos a Oriente también. Piénsese en el taoísmo; por algo ha sido la más reprimida de todas las sabidurías orientales. Por otro lado, y aunque suene extraño a muchos oídos, el anarquismo baña poéticamente la vida política como no lo ha hecho nunca otra corriente de pensamiento político. Y, como pocos, nos ha enseñado que es mejor confundirse solo que autoengañarse por copiar a los demás. El anarquismo, además, tiene muchas alas; no se ciñe a una idea, no puede encogerse, atraparse, delimitarse, conquistarse. Es precisamente por esto último por lo que voy a empezar.

Antes diré que, desde un punto de vista etimológico, el término *anarquismo* proviene del griego y quiere decir “sin origen, sin causa, sin poder”. En sus primeros pasos, ya cerca de nuestro siglo, se le repudió como algo caótico, desordenado, fuera de una constructiva revuelta. El citado Proudhon lo rehabilitó. Hay quien hace a Rousseau el abuelo del anarquismo actual y otros, no sin razón, le hacen padre del totalitarismo. Hay aspectos,

sin embargo, que dan el tono de lo que es el anarquismo si lo contrastamos con otra tendencia que se le opone. No ve al ser humano como un niño al que hay que tutelar durante toda la vida, sino como un ser dispuesto al bien. Los otros, sus contrarios, siempre van corriendo detrás, con controles, políticas en las que funcionarios y comisarios fiscalicen y, por supuesto, pregonando la democracia representativa frente a la directa. Es el eterno despotismo de unos pocos y que comienza con Platón, frente a un agradable y descuidado bienestar.

Si uno tiene que citar algún nombre con derecho de fundador habría que recordar a Godwin, Toureau, Proudhon o Stirner antes de llegar a Bakunin. Aunque, para mí, la frase que mejor revela la esencia anarquista es la de “haz lo que te dé la gana” de Rabelais. Tiene gracia que este perseguido personaje fuera primero franciscano y después benedictino. Si yo tuviera que traducir la frase a una especie de proverbio diría: “La palabra *obediencia* no forma parte de mi vocabulario”. En todos ellos el individuo es la base de cualquier construcción social. Y su cúspide. Toureau pasó a la historia por decir que lo más sensato es un pueblo sin gobierno. Proudhon por afirmar que la propiedad es un robo. E interpretar aquella especie de manual que escribió Stirner con el título *El uno y su propiedad* es complicado. Para algunos ese impulso de individualismo en donde proclama la “unión de los egoístas” es el eje del anarquismo. Para otros roza el abismo. Se discute si influyó o no a Nietzsche. Más aún, contemplan a Nietzsche, con su idea del Superhombre, como el complemento de Stirner. Lo conociera o no, no le cita nunca. Acoplar un autor a otro siempre es peligroso. Parece que Hitler de joven llevaba un libro de Schopenhauer bajo el brazo. De ahí no se sigue que Hitler completara a Schopenhauer. Stirner siempre tendrá un hueco en el corazón de aquellos que desprecian las presiones, tantas veces injustas, que nos impone la sociedad y su último bastón, que es la política. Quería al individuo desnudo, solo con él mismo, sin cargas, sin gangas, *in puris naturalibus*. Tal

vez un imposible o un descalabro para la convivencia pero, al mismo tiempo, la lucha y la rabia contra todos los aparatos ortopédicos que nos colocan para sujetarnos y dominarnos. Y un dato filosófico de cierta importancia: Stirner, que colaboró con el Marx más joven en la edición de una revista, pertenecía a la llamada izquierda hegeliana. Suena extraño, puesto que Hegel es el guardián del Estado y se mueve en las nubes de una a veces ininteligible maraña de conceptos. Pero de él sacó la importancia de una conciencia individual creadora y la visión de la realidad como algo móvil y transformador. Es la herencia hegeliana que recibe el nombre de *dialéctica*.

Si damos un gran salto, nos topamos con quien pasa por ser la figura central del anarquismo. No es otro sino el aristócrata de origen Bakunin, sobre el que se han tejido multitud de bulos y sospechas. Pronto fundó en Italia la asociación Fraternidad, a la que rodeó un aura de secretismo que siempre resultó sospechosa a sus enemigos. Su momento cumbre fue el enfrentamiento con Marx en la que, de manera muy resumida, podemos llamar Primera Internacional (PIT). Su disolución fue la contraposición total entre las tesis de Marx y las de Bakunin. No fue, sin más, una pelea de gallos. El marxismo opta por la toma del poder por parte del proletariado para transformar el mundo. El anarquismo, con la figura de Bakunin ya en el centro, lo que desea es la destrucción del poder. En el primer caso se necesitará una estructura fuerte y organizada. Los segundos aseguran, y no se confundieron, que el poder es tan contagioso que acabará entronizando un Estado tan opresor como aquel al que dicen querer derrotar. Dicho en términos más simples: o transformación autentica desde dentro del Estado o desde fuera. Las espadas siguen en alto. A la Primera Internacional, que mostró las dos posturas que llegan hasta nuestros días, le siguieron tres más. Lo importante no es cuántas fueron, sino qué es lo que ha resultado de todo ello.

Antes de que continuemos con el anarquismo y de discutir si las

internacionales que siguieron a la Primera fueron tres o cuatro, conviene que digamos algo sobre los dos movimientos no anarquistas que han llegado hasta nuestros días. Es habitual escuchar de los labios de gente que se autodenomina progresista y de izquierdas que es socialdemócrata. Mejor no preguntar más porque, si es en España, te contestará que no solo no es del PP, sino que está en su contra. Sabemos desde Aristóteles que las definiciones negativas poco explican, pero ellos se quedarán satisfechos. Una muestra más de la ignorancia política que corre por nuestras calles. Y es que es de cultura general conocer lo que diré a continuación y que, después, habría que aplicar a nuestras respectivas vidas. Descartados los anarquistas, los socialdemócratas —que es como se llamaron hasta Lenin— padecieron una profunda división. Unos (los nombres de Kautsky, Bernstein y O. Bauer son decisivos) pensaron que el objetivo de una sociedad comunista como la propuesta por Marx estaba muy lejos y que había que aliarse, en un periodo intermedio, con la burguesía. Para Lenin eran unos renegados. Bien distinta fue la postura de R. Luxemburgo, quien, a pesar de que peleó con uñas y dientes contra Lenin, no abdicó ni un ápice del capitalismo ni de mantener las libertades frente a la dictadura del proletariado. Por cierto, también disintieron en la defensa o no de la autodeterminación de los pueblos. R. Luxemburgo estaba en contra mientras que Lenin, como después Stalin, a favor. Tal vez el problema estribaba en cómo miraban en aquel momento a Polonia; una cuestión de hecho y no de derecho.

Los resultados los conocemos. La socialdemocracia ha ido recortando sus uñas de tal manera que se ha convertido en fiel escudera del capitalismo. Le ha dado a este el rostro humano que tanto le beneficia. En algunos países ha ido escorándose tanto hacia lo que, en el perverso juego de las convenciones, se llama derecha, que no les ha quedado un gramo de izquierdismo. Es el caso de Portugal. O recientemente de Holanda, en donde su política migratoria es semejante a la de cualquier partido ultraderechista. O en su

tiempo en Italia, donde el Partido Socialista del astuto Nenni les olía a comunista. Ciertamente es que ya en los años veinte los socialdemócratas suecos quisieron equilibrar la balanza y pusieron en práctica el supuesto “Estado de bienestar”, con un muy igualitario reparto de los recursos. Pero siempre dentro de la matriz del capitalismo de última hora y que es el furiosamente financiero. Una excepción. El resto ni siquiera se reconoce en Keynes o en la escuela de economía austriaca. Vive de las migajas de quien manda. Y, para rematarlo, en 1959, en el Congreso de Bad Godesberg, se eliminó la palabra *marxista* como distintiva de la socialdemocracia. Es lo que hizo, miméticamente, el PSOE 20 años más tarde. Por eso a algunos nos entra la risa cuando, quien sea, se declara socialdemócrata. Y si añaden “de un Estado de derecho”, su ridícula autoestima se acerca al cielo. No le ha ido mejor, por otras razones, al ala comunista. Stalin es un caso para olvidar. Puede ser que se exagere cuando se afirma que es el responsable de haber matado a 25 millones de personas. Ni la victoria sobre Hitler en Stalingrado ni la industrialización del país ni tantas cosas posibles más embellecen, sin embargo, los muertos debidos a su despotismo. Las críticas anarquistas, proféticas, estaban en su punto.

Los restos del comunismo son pocos. Cuba, que generó en sus comienzos expectativas de una revolución liberadora, pronto se adhirió al marxismo-leninismo soviético. Es así como promulgó su primera Constitución, que data de 1976. La última y más reciente solo mantiene lo de *comunismo* y el sistema se parece más a un caudillismo latinoamericano que a los aires renovadores que la vieron nacer. Corea del Norte suena más a farsa que a marxismo y China es una refutación total del marxismo al haberse pasado, a toque de trompeta, al capitalismo más feroz. Por eso vuelve a causar risa que el listo de turno te diga que con el anarquismo no se ha conseguido nada. Si lo que quiere decir es que siendo aliados del capitalismo estamos bien, que lo reconozca y que no nos eche sermón alguno sobre política. Es preferible que

hable de fútbol. Lo otro son parches, autoengaños, disculpas y cinismo. No el de los cínicos griegos, bien distinto y a la contra. El de ahora es a favor del viento que sople.

Volvamos, para acabar, al anarquismo. El español obtiene su bautizo en Barcelona con el nacimiento en los años diez del pasado siglo. Sus siglas son CNT, luego enlazada con la FAI, con Anselmo Lorenzo a la cabeza. Fue el italiano Fanelli quien, bajo el amparo de Bakunin, les dio el empujón de familia. Se han ido escindiendo en varias familias pero, en conjunto, se multiplicaron como los peces y los panes. Fueron decisivos en la Guerra Civil y modelo para no pocos. Desde sus comienzos tuvieron que competir con la UGT de Pablo Iglesias. Al principio las relaciones, sin ser fraternales, no fueron de confrontación. La dictadura de Primo de Rivera lo cambió todo porque favoreció a UGT y machacó a la CNT. Después de la Guerra Civil, y durante el franquismo, fue languideciendo. Su estructura, sin embargo, continúa manteniendo algunos de los postulados anarquistas. Por ejemplo: no participar en las elecciones, confederarse, no someterse al Estado, insistir en que la base de todo el conglomerado social es el individuo y los partidos, más que escalones, son tropezones. O, en fin, que es en la sociedad y en el trabajo en donde se decide la sociedad emancipada que desean los espíritus libres. Lo demás es cáscara y entontecimiento de los que creen que participando en una amañada vida política se podrá alcanzar el ideal de una sociedad libertaria. Se alcanzará, eso sí, comodidad para los cómodos y dinero para los que se sometan.

Es difícil juzgar los bienes o males del anarquismo. Que lo haga cada uno desde su más absoluta libertad, en el caso de que no la haya perdido. Con todos sus posibles defectos habría que decir que es una bocanada de aire fresco, que no conviene olvidar sus críticas al Estado y que posee una energía cultural de la que carecen otro tipo de grupos y movimientos. Y que su futuro no es muy halagüeño. No tanto por el poder del Poder, sino por la cómplice

impotencia de los que dicen luchar contra el Poder. Es hora de pasar a la segunda parte, el pensamiento libertario.

CAPÍTULO 2

PENSAMIENTO LIBERTARIO, ESTADO Y NACIÓN

Lo que escribo a continuación tiene un carácter muy personal. Deseo exponer las dudas y tensiones que se producen cuando uno acepta en su código intelectual ser libertario y se encuentra con conceptos tan huidizos, problemáticos y prontos a llenarse de emotividad como es el caso de la relación entre Nación y Estado. Para ir tratando de resolver las dudas que me asaltan, repasaré algunas de las ideas clave que se entrecruzan en este tema. Por supuesto que se ha escrito tanto sobre ellas y hay tanta bibliografía sobre ello que me ceñiré a lo que pueda ser suficiente para aclarar lo que quiero decir y con lo que, en consecuencia, quiero comprometerme teórica y prácticamente. De ahí que comience repasando las ideas en cuestión y vaya tomando posición al respecto.

Comencemos por la Nación. Digamos varias cosas antes de entrar en sus entrañas. Los problemas sobre lo que signifique Nación son relativamente nuevos. La revolución comunista rusa, las escisiones de la socialdemocracia y las guerras correspondientes se entretejen con lo que, en el paso del siglo XIX al XX, se entiende por Nación. Adelantemos también que el detallado estudio de O. Bauer sobre nacionalidades sigue siendo un libro a tener en cuenta. Rodea a su figura el hecho de que fuera judío y que los judíos son un pueblo nómada. O que se debatiera en medio de las discusiones de la socialdemocracia austriaca. O que viviera en un país que se desgarraba entre

el decadente Imperio austrohúngaro y la potente Unión Soviética. Pero su idea de Nación cultural, siguiendo muy de cerca al sociólogo Tönnies, hizo, en buena parte, fortuna. Y también su idea de que la Nación aspira, con razón o sin ella, a convertirse en Estado y el Estado a comerse a la Nación. B. Andersen lo vio bien cuando escribió sobre los estados imaginados. O lo que es lo mismo, cómo las que se creen naciones tratan de imitar al Estado que contemplan como su opresor. La Nación, nos dice Bauer, tiene un proyecto. Esto es esencial. No se trata de que mire hacia atrás y mitifique, sino que coloca su mirada en el futuro, en su destino. Para rematar este comienzo, que enseguida desarrollaré, solo me falta citar al antropólogo Clastres, quien, en su ensayo *La sociedad contra el Estado*, escribe que no es verdad que haya habido una evolución desde la sociedad al Estado. Muy por el contrario, las sociedades se han tratado de defender del Estado. Todo el espíritu anarquista del antropólogo al servicio de una sociedad antipoder.

Una imagen que en este tema nos desconcierta consiste en entender la humanidad como un puzzle en el que hay que completar las piezas. Y, así, a cada cuadro o Nación le correspondería un Estado con su concreto color. Es una falsa manera de mirar el mundo. Es una falsa manera de absolutizar la vida en común de los humanos hasta ahora conocidos. La Nación, palabra que proviene del latín *nacer* y que en este sentido etimológico poco nos ayuda, es una ficción, un jeroglífico, un laberinto en el que se entra y no se sale. Los griegos tuvieron ciudades-estado como las tuvo Italia en el esplendor del Renacimiento. Y no naciones. El problema se ha aguzado en el último siglo en Europa, en donde la Nación y el Estado han jugado al escondite o a librar batallas campales. Que existe una gran variedad de costumbres es un dato antropológico incuestionable. Las distancias, las lenguas y las tradiciones separan unos territorios de otros. De ahí que en muchos casos podamos detectar unidades culturales relativamente estables y con características muy propias. La tentación consiste en que tales colectividades exijan un Estado.

Es ese el nudo de la cuestión. Una Nación, crecida en su mirada interior, pide ser un Estado. Y, por el contrario, el poder que quiere convertirse en Estado absorbe a la Nación que le interese. Dicho de otra manera: la Nación es como un niño que quiere crecer hasta ser como su padre o padrastro y el Estado es el gran amo que se quiere comer al niño. Como en todo, hay extremos. Fichte pensaba que el Estado alemán estaba dibujado de tal manera que un dedo de Dios no lo hubiera hecho mejor. A esta forma de proceder se la podría denominar “el animal nacional”. Otros lo llaman “nacionalismo extremo”, como si el nacionalismo fuera una especie de acordeón que se estira y afloja. El Estado, por su parte, pronto se endiosa y considera que las partes que domina son sus órganos. No repara en que, de esta manera, es tan nacionalista o más que aquellos que quieren ser también estados independientes. Triste contradicción —una más— en las relaciones humanas. Algunos, más finos, lo llamarán *dialéctica*.

En este punto conviene hacer una distinción fundamental y que se aleja del manido camino de ida y vuelta entre la Nación y el Estado. Porque, como se verá, es ahí donde se inserta el pensamiento libertario. Se trata del derecho de autodeterminación. Lo positivo que tiene adentrarnos en este derecho es que, de esta forma, nos apartamos del confuso, superinteresado y mal politizado concepto de nacionalismo; palabra que procede de *nación* y de la partícula indoeuropea *-ismo*, que significa propiedad o característica. Y es que un nacionalismo ramplón y poco autocrítico reforzará el nacionalismo del Estado correspondiente (del español, por ejemplo). Y no dejará ver que las naciones-estado son una pura casualidad histórica. Pero debemos aclararnos ahora con el también complicado concepto de *derecho* y el de *autodeterminación*. Voy a prescindir de considerar si existe o no un derecho positivo a la autodeterminación de los pueblos. La discusión sería inacabable y está llena de parciales interpretaciones. Por cierto, la Constitución española sacada de la manga en 1978 hace casi imposible el derecho de

autodeterminación y los del ejército de la pluma del régimen lo toman por un pecado mortal. Lo curioso es que en esa Constitución confeccionada por unos no muy expertos elegidos a dedo hay dos artículos que son como el aceite y el agua, y van seguidos. En uno se dice que la soberanía reside en el pueblo español. En el otro que la Constitución se basa en la indivisible unidad de la Nación española. No hace falta inspiración alguna del Espíritu Santo para darse cuenta de que en uno se apela al reino de la cultura —y que es el de la voluntad del pueblo—, mientras que en el otro la referencia es a algo natural, al reino de la naturaleza. Pues por palmario que sea el sinsentido, constitucionalistas oficiales resbalan por tal contradicción y los lectores, si lo leen, o no se enteran o se callan. Continuemos con la autodeterminación. Existe una idea de derecho más fundamental y que no es otra sino la moral. Creo, y es un ejemplo, que todos tenemos derecho a la salud. Y son dos las razones que lo avalan aunque otros, los liberales en general, lo nieguen. La primera: que existen legislaciones que castigan a aquellos que conculcan tal derecho. Y, siguiendo a Kant, un derecho de verdad se da cuando es coactivo. Y segundo: porque se apoya en un concepto de ética que aspira a ser universal y que consideramos una conquista histórica para una convivencia que nos une y libera al mismo tiempo.

El derecho de autodeterminación de los pueblos, y que incluye la posibilidad de que cualquier parte se emancipe de cualquiera de los estados existentes, debe comenzar por recordar que los individuos nos autodeterminamos por ser libres. Expuesto de otra manera: la autodeterminación es clave para que Javier sea Javier y no Francisco. Y es que Javier se elige a sí mismo. No elige —cosa que sería imposible— ser más alto, más rubio o más guapo. Elige un modo de vida, vivir de una manera o de otra. Para ello hay que suponer que Javier es consciente de sus actos y que tiene la voluntad de hacer lo que desea. Todo, obviamente, dentro de los límites de nuestro siempre exiguo poder. Sobre la conciencia y sobre la

determinación o elección se ha escrito tanto que da miedo añadir una palabra más. Bien es verdad que acerca del concepto de autodeterminación se ha especulado tan a lo loco, se han dicho tantas insensateces o tantas supuestas genialidades, que no pasan de ingenuidades, que tenemos el campo despejado. Lo tenemos despejado para referirnos a la autodeterminación sin grandes elucubraciones, con sencillez y con ese ángel de la guarda que es el sentido común. Dijimos antes que la libertad está en la base de esa elección vital que todos hacemos explícita o implícitamente. La libertad, poca, menguante y condicionada es la raíz de lo que somos. Todo derecho o deber que podamos imaginar se apoya en la libertad en cuestión. Y de esa vivencia antropológicamente primera se sigue la dignidad, se entienda esta como un ideal abstracto o como relación de respeto con los demás. Y sigue, de manera especial, la igualdad. Porque quien experimenta a fondo su libertad conecta con cualquier otro como él. Desde aquí podemos saber qué es lo libertario. Y desde aquí podemos saber cómo se forja un objetivo en el que la comunidad sea la que mande sin intermediarios o entidades superpuestas que aplastan o apagan una libertad que tiende a expandirse consigo misma y con las de los demás.

Para hacer más claro lo anterior voy a exponer cuál suele ser, para nuestra desgracia, la situación en la que nos movemos, o bien porque las neuronas están echando la siesta o por una ignorancia más o menos culpable, o por una intoxicación desde el Poder que reactiva una y otra vez la emoción del miedo. El miedo apabulla. El miedo abrumba. El miedo paraliza. Y crea un cerco dentro del cual se mueve la gente sin atreverse a sacar siquiera una uña. Voy a contar lo que habitualmente me sucede para hacer más visible lo que acabo de decir. En ocasiones, aunque en los últimos tiempos he dejado de hacerlo para ahorrar las energías de chocar contra un muro, he dicho que el sistema político por el que me decanto y hacia el que dirijo mis pasos es el socialismo libertario. La mayor parte de los que lo escuchan tienen que mirar la

Wikipedia porque no saben lo que quiero decir. Se trata de personas con cultura superior a la media y talluditos ya. Empiezo a sorprenderme porque es imposible conocer algo de la Segunda República o la Guerra Civil sin recordar que los anarquistas o libertarios eran mayoritarios en los sindicatos y entre la gente común. Como me piden más explicaciones, y a pesar de que lo he dicho una y mil veces y parece que se les ha borrado de la mente, y vuelven al dichoso voto (la mejor jugada, por cierto, del capital para que con la farsa de que unos son buenos y otros malos refuerce el sistema), les respondo, sacando fuerzas de la flaqueza, cosas, razones como las que siguen. Ante los pseudoanálisis que oigo de que si gana P o gana PI o un conjunto de lugares comunes, les contesto de nuevo que me da pereza repetirme porque lo vengo diciendo desde hace 40 años y que, además, no me fío de que quieran o puedan entenderme. O que si, por gracia de algún duende me entendieran, lo habrían borrado de su cabeza al día siguiente al oír la radio, leer la prensa o hablar con la pareja o con cualquiera de sus amigos o con alguno del trabajo que podría recortar su posición o sus ganancias. Aun así, expongo este esquema: tengo un objetivo o meta política que se encuadra en mi visión general del mundo. Dicho objetivo es el citado socialismo libertario. Primo hermano del anarquismo y teniendo en cuenta que sus ramas son variadas o que varía el modo de organización social o teoría económica que se considere más adecuada. Y para acercarme a él, los medios podrían ser tres: o influir en el entramado político existente y, por tanto, votando también; o actuar contra el Poder desde la sociedad; o combinando, según los casos, ambos medios o instrumentos. He optado, siendo consecuente, por este último. Añado que en cuanto libertario que no se somete a disciplina alguna, si en determinadas ocasiones creo que viene bien votar, aunque solo sea por molestar, votaré. Añado también que todo lo digo sin dogmatismo alguno y que si alguien me convence de lo contrario, cambiaré de opinión. Y, cosa muy importante: dejaré claro que intentaré que mi vida se acomode a mis principios. Por

ejemplo, no entrar nunca en nada, del tipo que sea (la monarquía o la Constitución, por ejemplo), que ponga en cuestión lo republicano; no mandar a un hijo o nieto a una escuela privada y que, a no ser por extrema necesidad, no tendré persona alguna a disposición para que limpie o cuide de mi casa.

Es ahí en donde comienza la jauría. Un griterío dogmático semejante a un catecismo. Lo primero que hacen el o los opositores es desviarse continuamente de lo que uno diga, cambiar de tesis, que diría un clásico. Si afirmas que los partidos políticos son meros tentáculos del Poder, te contestan que la vida es complicada. En este sentido hay que concederles cierta sabiduría dialéctica, por despiste y por alpiste, porque recuerda a una de las estrategias de los sofistas. Inmediatamente sueltan, con seguridad férrea, que eres un utópico. Les respondes recordando el origen de la palabra y que hay un utopismo de lo imposible y otro que, aunque difícil, está en nuestras manos. Como si llueve. Enseguida contraatacan con la vieja excusa, que no justificación, del mal menor. Y que en ningún lugar se ha implantado lo que yo propongo. Les contesto que el mal menor puede ser el peor de los males y que es lo que ha hundido siempre a la izquierda, así como que no es cierto que el anarquismo no se haya posado nunca en la tierra. Lo ha hecho en España y fuera de España. Como si lloviera. A todo esto, siguen sin decirme cuál es su meta, cómo discurren sus pasos hacia esta y cómo se distinguen en la vida diaria de los que no son como ellos. No lo han pensado nunca. Es el momento en el que el listo de turno ataca definiéndose socialdemócrata. Claro que, si les preguntas por cuál de las socialdemocracias es, como si les hablaras en chino. Y si les dices que la llamada socialdemocracia actual está vacía porque se ha convertido en la rama amable y cómplice del capitalismo, todo es como si volviera a llover. Al final, y dejando de lado algún episodio más para que quien esto lea pueda descansar, te dicen que no eres demócrata. Les doy la razón y les explico que una democracia no es ni dictadura del dinero ni los partidos haciendo de becarios. La conversación

suele acabar más o menos así, a no ser que alguno se queje de que soy muy teórico, no toco tierra y adolezco de falta de realismo. No han dicho nada, pero se han escudado en algo tan irreal como su realismo. Mis últimas palabras repiten lo anterior, que este país odia pensar, que el miedo suplente la más mínima razón y que se es incapaz de poner la vida a la luz de lo que somos y queremos ser. Al final, nada. O, peor, pérdida de tiempo.

Es hora de pasar a la autodeterminación de los pueblos y retomar lo dicho al principio. Teniendo en cuenta que lo libertario es una tendencia antiautoritaria y que no despoja de su poder a los individuos, es fácil deducir de lo anteriormente expuesto por qué la autodeterminación es algo radicalmente democrático. Es posible desarrollarla de diversas formas. Puede separarse una parte y formar su propia comunidad, se puede encontrar una fórmula de cosoberanía, una confederación, un federalismo fuerte y otra serie de convivencias que se han dado y se pueden dar. Por otro lado, la autodeterminación no se plantea —o no se debe plantear— si hay individuos suficientes como para exigirla, en términos de ruptura brutal. Todo lo contrario. Como en la separación de una pareja o de tantas uniones más, es necesario negociar y distribuir con equidad qué es lo que se llevan unos y otros. Después es probable que se relacionen mucho mejor. En el caso de Quebec, y de la mano de S. Dion, se han propuesto varias medidas que deberían cumplirse para que la negociación sea posible y fructífera. Existen algunos puntos con los que yo no estoy de acuerdo. Por ejemplo, que tiene que darse una clara mayoría a favor de los que desean separarse. Se podría responder que por qué no lo contrario. Lo más justo parece que basta con una mayoría y sin cotas de si es suficiente o no. Basta que alcance el 51 por ciento. Otro aspecto que no suele quedar claro es el que se refiere a las consecuencias. Es obvio que la separación podría traer desventajas a quien quiere poner tierra por medio, y es solo un modo de hablar. Pero eso es una cuestión suya y lo demás es o paternalismo o cinismo. Y ya como último

recurso quien más se las apañe con lo que defienden recurren al infausto referéndum. Un referéndum sería despreciable porque el pueblo no entiende la o las preguntas y confunde todo. A no ser, claro, que el resultado caiga de su parte. Pero descalificar un referéndum como obra del mismo Satán es intelectualmente indecente. Muchos estados lo han utilizado y les ha ido bien. Por otro lado, imaginemos que se ofrece a Catalunya —es un ejemplo— seguir como está o ser independientes. Quien lo vea oscuro debe mirarse él. Y lo que es el colmo, que se suponga que los referéndum engañan a los individuos y en las votaciones convencionales no. El votante habrá estudiado los programas que comparecen, está bien informado y su voluntad es sólida. Mayor mentira imposible. Pero como si llueve. Una doncella que recibe el nombre de Estado de derecho y un referéndum que es el mismo diablo nos bautizan como grandes demócratas. Más falsedad imposible. Esta es, en suma, la autodeterminación libertaria, que no *libertariana*. El Estado ha acabado siendo un conglomerado de finanzas, empresas y medios de comunicación, además de los que se ofrecen, como misioneros, a representarnos. A eso se le llama *democracia representativa* y Dios te libre de ponerle una coma. Por lo que a mí atañe, le pongo punto y aparte.

CAPÍTULO 3

PENSAMIENTO LIBERTARIO Y FILOSOFÍA

La filosofía occidental tiene más de 2.500 años. Que haya resistido todo tipo de presiones hasta llegar a nuestros días indica, para decirlo darwinianamente, que ha sabido adaptarse, que pertenece al cuerpo teórico de nuestras vidas. La filosofía no es una ciencia más como puede ser la física, la matemática o la historia. A pesar de que se la ha formulado de muchas maneras —como sistema que abarca todos los saberes, como la última pregunta o visión general del mundo—, hoy habría que decir que se trata de una actividad aclaratoria. Y lo que aclara es el lenguaje no tanto por el lenguaje mismo, sino porque es este el camino más adecuado para conocer los hechos. Una actividad de este tipo ha de estar, todo lo posible, en contacto con la vida y con las ciencias. Una actividad hercúlea, sin duda, pero si somos intelectualmente honrados, hemos de decir que es la que le corresponde. Y si es una actividad, entonces se parecerá más a una arte o a una técnica que a una investigación que indague, como lo hacen las ciencias empíricas, sobre los datos que logramos arrancar al mundo a través de la experimentación.

La historia de la filosofía es un auténtico laberinto. Las diferentes doctrinas son de lo más dispares y de lo más disparatadas. Da la impresión de que cada filósofo tiene un ego tan grande que lo convierte en un sistema, en un semisistema o en un cuasisistema. En cualquier caso, y arriesgándonos a una

tipificación que puede sonar simplista, habría que distinguir tres tipos de filosofías. La primera mira a lo alto, vive enganchada a algo supremo y grandioso. Platón y todos sus seguidores, el idealismo, el racionalismo y otras corrientes que se sitúan en una cima muy alta para desde allí contemplar a los pobres mortales componen este lote que rezuma optimismo. En el extremo opuesto, y alejado de aquellos excesos teológicos, se sitúan los que bajan la vista hacia las miserias de la existencia. Somos seres finitos. Tanto es así, y por poner un solo ejemplo, el del infausto Heidegger, no tenemos más fundamento que la nada. Hubiera extrañado que el científico sostuviera algo parecido. Solo que Heidegger regodeándose en las alturas de una cabaña y Hawkins desde los datos del Big Bang. En medio estarían los que, huyendo del incienso del cielo y de las llamas del infierno, toman el pulso ayudados por lo que la ciencia entrega a nuestra vida diaria. Y ahí, tal como al principio dijimos, escudriñan lo que hablamos, los significados de nuestros signos lingüísticos para saber qué es lo que podemos conocer y, sobre todo, qué es lo que podemos y deberíamos hacer dentro de las cuatro paredes en las que estamos en el espacio y el tiempo. Dichas aclaraciones son las huellas por las que ha de caminar cada uno de nosotros. El filósofo Wittgenstein ha sido el guía que ha posibilitado echar por tierra tantos castillos en el aire. Una filosofía libertaria que no cree ni en dioses ni demonios se inclinará por esta manera de razonar. Y es que, recordémonoslo, razonar ni es ser racionalista ni anular las emociones. Se trata de ser razonable, sin anular ninguna de nuestras potencias, y para ello no encontramos mejor brújula que lo que cristalizamos en nuestra habla. Si nos ayudamos con algún estudio, siquiera elemental, de lógica y de teoría de la argumentación, mejor que mejor.

Sucede, sin embargo, que esa extraordinaria capacidad que es la lengua y que se bifurca en las miles de lenguas esparcidas por el mundo nos confunde con excesiva frecuencia. Como todo, nos da muchos bienes y nos puede dar

muchos males. Y es que con el lenguaje nos confundimos, mentimos y dañamos. Por eso una de las tareas principales de la actividad del filósofo que se apoya en el lenguaje es deshacer los muchos entuertos que se han dado, ya lo insinuamos, en el campo repleto de palabras de la filosofía. En algunos casos las pretensiones ultrafilosóficas han sido tan grandiosas que pronto han mostrado sus vergüenzas y han caído en el ridículo. Más peligrosas son aquellas que exhiben una forma moral mientras esconden un puro sinsentido. Por citar una que viene de la mano de Wittgenstein, supongamos que digo que “el absoluto es perfecto”. Da la impresión de que he alcanzado una maravillosa verdad cuando en realidad no he dicho nada. La maraña de frases engañosas es una tela que nos envuelve y no nos deja ver con claridad. Eliminarla es la tarea terapéutica de la filosofía. Y frases vacías que aparentan profundos conocimientos las tenemos que soportar cotidianamente en el terreno de la política oficial. El chorro de palabras huecas, de frases que no tocan los objetos, de contradicciones, de falacias y falsedades disimuladas daría para hacer una antología. Lo malo es que acaricien algunos oídos ingenuos o deformados por la incesante propaganda. Entonces se construye lo que algunos llaman “el engrudo cómplice”. Consiste en aplaudir lo que no se entiende precisamente porque no se entiende, pero con la creencia de que se han escuchado palabras que, además de bonitas, dicen la verdad. Es esta una epidemia que, como no se erradica, va a acabar entronizando la mentira y la incultura en el corazón de nuestras sociedades. En vez de llamar a las cosas por su nombre, ser críticos y autocríticos, simple charlatanería.

La filosofía libertaria se inscribe en la tendencia a aclarar y mostrar al desnudo lo que hay, tal y como venimos diciendo. Y una cuestión decisiva: se centrará en la ética. Conviene añadir dos palabras a este respecto. Antes anotemos que, como hemos visto, en la historia los cuentos filosóficos han abundado. Conviene conocerlos puesto que muchos han dejado el sello de un gran talento abstracto. Además, la actividad filosófica puede ser una ayuda

para, por ejemplo, desenmascarar las pseudociencias teológicas. Obsérvese que nos referimos a supuestas creencias en seres que traspasan el espacio y el tiempo y no a una actitud religiosa general y hasta un tanto mágica. Y en el terreno de las ciencias empíricas —y son ejemplos, también— asuntos como que la libertad que se inserta en nuestro cerebro es o no, por eso, una falsa libertad, ya que estaríamos determinados por las neuronas como la piedra al caer por la gravedad. O en relación con la física subcuántica, la inteligencia artificial o, en el campo de la biología, la epigenética. El filosofar, insisto, es capaz de disipar la niebla que se posa en cuanto nos descuidamos en la mente. Pero es hora de pasar a la pepita de oro de la filosofía y que no es otra que la ética. Y, así, entraremos en la ética libertaria.

Suele rastrearse hasta el personaje trágico de Antígona como el fogonazo de salida de la ética. La razón es que Antígona coloca por encima de las leyes del Estado y ante Creonte otras más fundamentales y, aunque revestidas de lenguaje religioso, manifestarían derechos de todos los mortales. Por este camino podríamos ir más atrás y quedarnos, por ejemplo, con el Código de Hammurabi de hace 1800 años, en donde se proclaman una serie de mandatos, algunos bien brutales, para, de nuevo, castigar a quienes cometan determinados delitos. De lo que se trata, en suma, es de trazar una línea entre lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer. Aunque, como enseguida veremos, no se ha estructurado lo que hoy entendemos por ética, en ambos casos se da ya esa frontera que separa, dentro de las acciones humanas, lo que, de momento sin especificar más, consideramos bueno o malo. Pero podemos retroceder mucho más en el tiempo y no solo dentro de lo que es el ser humano actual. En los chimpancés, por ejemplo, cuando la manada se reúne al final del día, se castigan comportamientos que no son acordes con las reglas que guían el conjunto de los individuos que componen la manada en cuestión. Existe, por tanto, un sentido moral que es la raíz en la que crecerá la ética.

Antes de que mencione lo que entendemos por la estructura de la ética, conviene hacer una serie de precisiones. Somos fruto de la evolución que ha llegado hasta nosotros. Y nosotros somos el *Homo sapiens* con hermanos que se van descubriendo y están por descubrir. Quienes nos anteceden estaban o están programados para, instintivamente, actuar fijamente de una u otra manera. Un pájaro, por mucho que lo deseara, no dejará de volar. Nosotros estamos programados para programarnos a nosotros mismos. No es un juego de palabras. La libertad humana (y vamos a dar por hecho que no es un autoengaño) tiene el poder de actuar en muchos casos según sus apetencias. No dominamos la digestión, pero nos es posible ir al cine o no ir. Y ver una película de Alfredo Landa o un rollo sentimental. Es este un requisito, la libertad, sin el cual se vendría abajo toda la moral. Kant la llamó “la condición de posibilidad”. Y está abierta a hacer el bien o a hacer el mal. Es claro que la citada evolución nos da herramientas para ser unos depredadores o unos cooperados. Pero la elección la hacemos nosotros. Y la hacemos, y de eso hablaremos, en la etapa que nos ha tocado vivir. Y es que si el universo se expande, si la evolución es expansión, ¿por qué no podríamos llegar a una o varias superinteligencias? Es a lo que apunta la ambiguamente llamada inteligencia artificial. Estamos equipados para ser morales y no de esta o esa manera determinada, que esto último atañe a Francisco o a Javier. La evolución nos ha equipado para destruir o construir, para devorar o colaborar. Y aquí se bifurcan dos actitudes que introducen optimismo o pesimismo en donde tendría que haber sana neutralidad. El amable anarquista Kropotkin se situaría entre los que ven una línea positiva que se inclina al optimismo. En su ética, que no llego a completar, pensaba que la ayuda mutua se acabaría imponiendo entre los humanos como si estos estuvieran destinados a ayudarse y no a odiarse. Tal vez temía que muchos anarquistas, influidos por Stirner, se dejaran arrastrar por el individualismo. Adam Smith y el propio Hume no estarían muy lejos con su concepto de simpatía, de esa visión que se decanta

hacia una humanidad reconciliada. En nuestros días, y partiendo de Darwin, también el utilitarista Peter Singer apuesta por lo que llama “darwinismo de izquierda” y que nos alentaría hacia una deseable meta. En el extremo opuesto, y no hace falta ser un nietzscheano para reconocerlo, se encuentran los que dan más peso a la voluntad de maldad que de bondad. Esta frase, mil veces citada de Camus, lo resume bien: “Los hombres mueren y no son felices”. Pienso que las dos posturas exageran. La evolución nos ha dejado en un lugar en el que somos nosotros los que empezamos. Y los que, como en un péndulo, vamos acumulando bienes o males. La ética está en nuestras manos.

Otra consideración preliminar de importancia consiste en la diferencia entre ética y moral. Es habitual, sobre todo en el lenguaje ordinario, tomarlos como conceptos sinónimos. Y no lo son. Y en otros casos, y desconociendo su significado, se alza la voz cuando se pronuncia la palabra ética dando a entender que es una moral más intensa. También es falso. Verdad es que ni la etimología ni el uso que de tales conceptos han hecho los filósofos han servido para aclarar la cuestión. *Moral* viene del latín y quiere decir *costumbre*. *Ética* proviene del griego y quiere decir *hábito* o también *carácter*. Es esta ya una primera dificultad a la hora de saber distinguir las. Por otro lado, los filósofos han acostumbrado y acostumbran a utilizarlas un tanto a su antojo. Así, para Kant, la moral hacía referencia a los deberes y eso es lo que importa; mientras que para Hegel lo que importa es la ética y que acoge todo el mundo de la vida, con lo que la moral queda relegada a una parte de su sistema. Como se ve, no nos aclaran mucho los filósofos en cuestión, dos gigantes, por cierto que sea en el oficial recuento del filosofar que tenemos a nuestra espalda. Voy a dar, por mi parte, una versión lo más sencilla posible, y por supuesto personal, de cómo hay que distinguir la moral de la ética. La moral es la práctica cotidiana, no mentir, por ejemplo; mientras que la ética es su teorización, el sistema en el que se inscribe el no mentir. Es como si la moral estuviera en el valle y la ética se subiera a la montaña para contemplar

cómo funciona. La forma más simple de escenificar la diferencia entre ética y moral es la siguiente. Supongamos que afirmo que no se debe mentir. Inmediatamente cualquiera pude preguntarme por qué no se debe mentir. Imaginemos ahora que mi respuesta es “porque va contra unos de los principios fundamentales de mi actividad moral”. En este caso, la moral es mi no mentir, mi código de conducta; y la ética, la razón que le he dado, que no es otra sino que va contra uno de mis principios fundamentales. Soy, por tanto, un deontologista o principialista. La ética, así, se convierte en la justificación o razón de mis acciones morales. Si queremos usar un lenguaje más sofisticado y académico, diremos que la ética es un metalenguaje. Puede suceder también que la justificación de por qué no hay que mentir sea la de que traería pésimas consecuencias para la convivencia social. En este caso mi ética es utilitarista. O porque me produce una profunda emoción la mentira, con lo que la ética es emotivista. O porque tengo una intuición clara de que el mentir está mal. O porque soy un creyente y es eso lo que Dios manda, en cuyo caso mi ética es teológica. Lo más habitual es que las éticas sean o deontológicas o utilitaristas pero, de hecho, pueden darse otras.

Podemos dar un paso más y concretar lo que es la ética. Porque puedo, desde la atalaya en la que la he colocado, comparar las distintas justificaciones, permaneciendo neutral respecto a cuál de ellas es la más adecuada. O, por el contrario, me decidiré por aquella que sobresale y justifica mejor la conducta humana. En este caso, afirmaré que es la que defiende la universalidad, en el sentido de que lo que vale para uno, vale para todos; y la igualdad, en el sentido de que no se puede discriminar a nadie arbitrariamente; u otras características que, cuando se legisla, es lo que llamamos “derechos humanos universales”. Parece que es esto lo que tendríamos que concluir, que existen ciertos principios que todos deberíamos acatar. Es obvio que no se trata de una deducción matemática. Se trata de optar, con razones, por lo que pensamos que, al menos en nuestros días, es lo

que conviene a la humanidad en general. Que no todos los respeten solo indica que no hemos avanzado lo suficiente desde un punto de vista moral y ético.

Es hora ya de dar con el esquema que represente nuestra actividad libre moral, tal y como la hemos expuesto. El esquema o gráfico tiene tres partes. Y resuena en ellas, como no podía ser de otra manera, el eco de Aristóteles. Lo que mueve a actuar al individuo es un determinado fin. Dicho fin trata de alcanzarlo, y es la segunda parte, el sujeto o individuo en cuestión. La tercera parte la constituyen los medios o instrumentos a través de los cuales el sujeto logra el fin deseado. Comencemos por el sujeto. Un humano, tal y como lo conocemos, aunque con unos límites suficientemente porosos como para aceptar que tendríamos que ampliarlos. El sujeto ha de ser libre. Esto es fundamental. Sin ese supuesto, todo el edificio ético se viene abajo. Y es sobre todo fundamental en una ética libertaria. Inmediatamente se pondrán mil y una objeciones a la libertad de la que pende la ética. Porque se pueden poner grandes objeciones internas y externas a nuestra ensalzada, aclamada y sublimada libertad, tal y como nos referimos a ella en el lenguaje cotidiano. Desde un punto de vista interno, las neurociencias nos demuestran día a día que estamos mucho más condicionados en las acciones que realizamos de lo que pensamos. En el caso de que se llegara a la conclusión, para mí un tanto inverosímil, de que estamos no solo condicionados, sino tan determinados como lo está una piedra al caer en el vacío, la autocomprensión desaparecería. Es decir, no nos entenderíamos tal y como creemos que somos, sino que nos convertiríamos en simples reacciones automáticas, simples máquinas. Desde un punto de vista externo, y en donde social y políticamente somos responsables de un buen número de nuestros actos, lo primero que tendría que hacer, especialmente un libertario, es tomarse en serio la distinción, bien expuesta por I. Berlin, entre libertad negativa y libertad positiva. La negativa tiene que ver con las coacciones externas que limitan mi

actuar libremente. La positiva consiste en hacer lo que desee, siempre que no dañe a los demás. Las coacciones y fronteras que están en relación lo están en su punto, bien porque chocan con el terreno de los otros o porque se trata de normas que yo he aceptado voluntariamente. Otras, sin embargo, son inadmisibles y un libertario se rebelará con todas sus fuerzas contra ellas. Por encima de tales fuerzas coactivas está el Estado o Leviatán. Es como un nuevo Dios y sus tentáculos se extienden por todas partes. Controla nuestra vida, incluso la más íntima. Es obvio que por encima se sitúa, dominante, el poder financiero, pero el Estado hace de escribiente, de ayudante de cámara y hasta de bufón. Los miembros del Estado los componen los aparentemente diferentes partidos políticos. Sus pequeñas diferencias no hacen sino disimular su postración ante el todopoderoso Estado. Por otro lado, existen los muy obedientes hilos que adoran al Dios supremo y expanden su doctrina. Son los medios de comunicación. Su labor de intoxicación llega a envenenar en muchos —los más— casos. La argumentación y pedagogía, salvo contadas excepciones, son inexistentes. Nutren a la gente y la emboban. Es obvio (y recordémoslo) que dejarse embobar no es, sin más, culpa de quien emboba, sino del embobado. Además de lo dicho, y en nuestros días de imprevisible futuro, hay que colocar el poder de la ciencia y la tecnología en manos de las todopoderosas industrias multinacionales. Quede claro que todo aquello que conlleve mejora de la existencia humana ha de ser bienvenido. Así, si ayudada por nuestras manos aparecieran una o varias superinteligencias, en principio no debería inundarnos el miedo. Desde luego la prudencia es una amiga inseparable, pero no una barrera o un estorbo. El problema, más bien, es político. El problema, eterno problema, es quién va a utilizar lo que consigamos y para qué. Y aquí un libertario ha de ponerse firme. Ha de valer para todos los individuos. Lo que sucede es que tal cosa no se llevara a cabo solamente predicando más controles o transparencia. Solo se logrará que nos recreemos para bien si está en nuestra mano lo que ahora está en manos de

unas poderosísimas multinacionales. La política, por tanto, primero. El triunfo de una sociedad libertada por libertaria, la meta. Todo lo demás son palabras o buenas intenciones que se pierden en el aire.

Dejemos el sujeto de la ética y centrémonos en el fin, en el objetivo, que es una de las tres partes anteriormente señaladas. El último fin de nuestras acciones, lo dejó escrito con claridad Aristóteles desde el principio, es la felicidad, el vivir bien dentro de nuestras posibilidades, al alcance de las potencias del antes citado sujeto. Existen fines parciales que indirectamente llevan al fin último o que se acaban en ellos mismos, con un significado inferior para nuestras vidas. El problema consiste en saber cuál es ese fin que nos proporcionaría, si las circunstancias externas nos ayudan, el máximo bienestar humano y, cosa esencial, si todos deseamos el mismo o cada uno o cada grupo ansía un determinado buen vivir o “vida buena”, que es la expresión que usaban los griegos. Voy a responder diciendo que, en efecto, no todos aspiramos a lo mismo y, por otro lado, ofreceré lo que para un libertario considero que es lo mejor. Es un hecho que algunos colocan la vida intelectual en el punto más alto de sus deseos mientras que otros preferirían una vida tranquila, una *aurea mediocritas*, por parafrasear a Erasmo. Ese es el dato y poco más podemos decir, a no ser que se nos permita opinar desde fuera y afirmar que creemos que hay objetivos más dignos de ser queridos que otros que nos parecen vulgares o mediocres. Lo malo es que mucha gente jamás se ha planteado cuál sería, y usamos de nuevo palabras prestadas, su opción fundamental. Eso se constata de manera especial en el mundo de la política, en el que no es raro ver cara de extrañeza en muchos que, suponiéndose doctos, no son capaces de decir dos palabras sobre lo que realmente es el objetivo político que buscan, conformándose con votar o autodenominarse —y es un ejemplo— de izquierdas. Y eso me lleva a desnudar brevemente lo que considero “vida buena”. Esta constaría de dos niveles o dimensiones que se apoyan mutuamente. Una tendría que ver con

los deberes y la otra con las bondades o placeres. Expuesto con otras palabras: por un lado, cumplir con las normas justas que nos hemos dado libremente los que vivimos en la comunidad que nos haya tocado en suerte o que nosotros hayamos elegidos; y por otro, gozar de todos los placeres, naturales y sociales, que están a nuestro alrededor. Como se ve, se trata de juntar lo deontológico y el utilitarismo. Y que no se opongan, sino que se abracen. Al final, para vivir lo mejor posible y evitar, por todos los medios, el sufrimiento. El propio y el de los demás.

Nos queda la tercera pata de las tres partes, que son los medios o instrumentos que nos aproximen a ese ideal que siempre tendrá algo de utopía móvil. Los medios, que para Aristóteles eran las virtudes, son, inevitablemente, variados y en muchos casos quebrados. Y se plantea inmediatamente la eterna cuestión de si el fin, que suponemos bueno, justifica cualquier medio. La respuesta requiere distinguir diferentes grados y disipar algunas dudas que se han entrometido en la materia. Hay casos en donde claramente, por excelente que sea el fin, no se pueden utilizar medios perversos. Los ejemplos abundan. Y abundan de manera especial allí en donde se quiere eliminar a un poder usurpador y para ello se ponen en marcha actos claramente inmorales. Desgraciadamente es este un círculo vicioso que se ha dado y se da en la historia de la humanidad. Un libertario huirá del inmediatismo, del tonto “todo vale” y preferirá ser fiel a sus principios que ganar hoy manchándose. Y es que perdiendo hoy bien se puede ganar mejor mañana. Y sin caer en el purismo, lo que tendremos que hacer es ser duchos en imaginación, prudentes sin caer en el exceso y creativos al máximo. Y saber que la lógica que rige la elección es distinta de la que usamos, lineal, en la ciencia.

Antes de acabar este bloque filosófico-ético, dos observaciones. La primera, que más allá o más acá de todo lo que hemos dicho y que se vive en sociedad está la intención, lo que sale de nosotros mismos y que es lo que da

el alma a toda la ética. Y en segundo lugar, que la seriedad, el mutismo y hasta el aburrimiento con los que nos castiga la vida hay que derrotarlos con humor. El humor de verdad se ríe de todo, empezando por uno mismo. A los esfuerzos por ser buenos, machadianamente buenos y libertarios, machaconamente libertarios, hay que rociarlos siempre con la risa, que es la cara del humor.

CAPÍTULO 4

PENSAMIENTO LIBERTARIO Y RELIGIÓN

Si hay algo común en el anarquismo en general es la rotunda negación de Dios. “Ni Dios ni Estado” es uno de sus eslóganes más socorridos y conocidos. Lo que sucede es que el concepto de Dios, en el caso de que podamos llamarle concepto, está tan cruzado de significados que se nos escapa. En principio se supone que pertenece al ancho campo de la religión. Hay sin embargo, religiones, como es el jainismo, en donde no solo no existe Dios o dioses, sino que se argumenta con fuerza contra su posible existencia. La noción de religión —y la antropología lo confirma— varía tanto de cultura a cultura que encontrar un hilo que separe lo religioso de lo no religioso es sumamente complicado. Y la colección de elementos que aparecen en las religiones, como pueden ser los ritos, los mitos, las creencias o su folclore, hacen que nos desesperemos a la hora de hablar con cierto sentido de religión. Las religiones (nos lo recuerda la sociobiología) han ayudado a embridar a los humanos, puesto que la simple moral sería muy débil. No olvidemos, sin embargo, que lo dionisiaco, el desmadre y la burla tienen su sitio en la religión. En las fiestas de san Roque, un mito popular, de Portugalete, hasta el agua se convierte en vino. A todo ello se suma que en los últimos años lo místico y lo religioso, en un matrimonio tal vez muy forzado, han encontrado su base en el cerebro humano. Que su base esté en el cerebro y de modo principal en el hipocampo, que conecta el sistema límbico con el neocórtex, no quiere decir que determine que Juan sea católico, Antonio

evangélico o Mohamed musulmán. Sencillamente se detecta una actividad en ciertas zonas cerebrales que predisponen a vivencias y visiones que pueden llevar a la confusión de que son reales, cuando solo son excitaciones neuronales que parecería que trascienden todo lo sensible. Lo que puede ser determinante, mucho más que el cerebro, es la cultura. Un nacido y criado en Arabia Saudí con toda seguridad será sunita y de la rama wahabita; rama, por cierto, cercana a los príncipes absolutistas de esos países con los que el rey de España mantiene relaciones de hermandad y a los que manda armas como si fueran flores.

El catolicismo es una creencia religiosa monoteísta. Esto quiere decir que los católicos aceptan una revelación que les obliga a creer en un y único Dios. El padre del catolicismo es el judaísmo y, su primo, el islamismo. Los tres surgen de la misma raíz monoteísta. España es un país casi totalmente católico e incluso una Constitución que se declara aconfesional no deja de reconocer que favorecerá a la mayoría católica de este país. Es una obviedad que la mayoría de los españoles son culturalmente católicos y muchos de ellos creyentes. Aunque según estadísticas recientes, los practicantes, que son a los que habría que contar, no pasan del 20 por ciento. Y si dirigimos la vista hacia atrás, durante muchos siglos España estuvo bajo el Imperio musulmán, del mismo modo que el judaísmo tuvo una innegable influencia. Entrar en el tema de los moriscos o de los marranos, por ejemplo, sería una tentación, pero queda lejos de nuestro objetivo. Convendría añadir, sin embargo, que a causa de las migraciones hay en este momento en suelo español aproximadamente millón y medio de musulmanes. Y que los evangélicos o evangelistas, cuya fuente está en Lutero, avanzan rápidamente. Tampoco habría que olvidar, cosa que se hace con excesiva frecuencia, la masonería. Como dato de actualidad señalemos que acaban de dar al rey de España la gran medalla de la masonería. Los masones, que como es bien sabido surgen de un pequeño gremio de carpinteros, se convirtieron pronto en

una sociedad secreta enormemente influyente. Basta decir que buena parte de los políticos de la Segunda República, descabezada por el franquismo, fueron masones. Pero lo que aquí nos importa reseñar es que junto a su anticlericalismo y al socaire de la Ilustración, el masón muestra una creencia deísta. Como también es sabido, frente al teísmo que cree en un Dios personal, el deísmo contempla de modo abstracto y un tanto vaporoso la deidad. Tan vaporosa que muchos la reducen al ateísmo. En cualquier caso, y al margen de si, por ejemplo, Einstein fue deísta o no, los masones, en sus varias ramas, lo fueron, y eso los colocaría dentro de un amplísimo concepto de religión.

El pensamiento libertario, en general, verá a Dios no como el ser supremo, sino como el Estado supremo; y la oposición a las iglesias y la reivindicación del laicismo serán una de sus señas de identidad. Si esto es así, no es extraño que se haya acusado al anarquismo de ser violentamente antirreligioso y, más concretamente, anticlerical. Se apoya esta acusación, por ejemplo, en episodios de la Guerra Civil española. Sin negar que en ocasiones se dio tal violencia, no se puede generalizar y equiparar anarquismo con violencia. En muchos casos habría que decir todo lo contrario. Por otro lado, y como en su momento dijimos, anarquismo y pensamiento libertario no son lo mismo, por mucho que coincidan en aspectos políticos fundamentales. De ahí que podamos exponer de una manera menos falsamente interesada la relación que tendría que darse entre lo libertario y lo religioso. Y, cosa importante, ciñéndonos a nuestro entorno cultural en donde domina un cristianismo católico. Un catolicismo obediente al Vaticano. Y no conviene olvidar que el Vaticano es un Estado que incluso pertenece, a su manera, a las Naciones Unidas. Si en términos teológicos el papa es el sucesor de Pedro, de hecho es el representante de Dios en la tierra y, en consecuencia, una especie de semidios.

Aterricemos desde lo dicho y, de modo más concreto, en nuestro país.

Digamos de entrada que un libertario distinguiría entre una creencia religiosa y una religiosidad pura. O de una mística natural. Al final volveremos sobre ello. La primera, y al margen de sus dogmas, es la más externa, inmediata y visible. La Iglesia católica tiene un gran patrimonio adquirido de forma irregular en muchas ocasiones, goza de exenciones fiscales, tiene mano férrea en la educación y expresa sus creencias de forma descarada por medio de fiestas y procesiones que dejan cortas a todas las posibles manifestaciones laicas que podamos imaginar. Ataca el aborto regulado como si de un diablo se tratara y a la eutanasia como si fuera la diablesa. Se dirá que tiene todo el derecho a propagar sus ideas. Sin duda, pero muy distinto es introducirse en los círculos del poder y desde ahí torpedear una y otra vez cualquier avance de unos humanos que, fruto de la evolución, ya son en sí mismos bastante endebles. Respecto a las fiestas religiosas de tono grandioso, son ya más para turistas que religiosas. Sin suprimirlas sin más, se deberían acotar, reducir su espacio y las posibles subvenciones. Y, por otro lado, se debería tener, si no mímico, sí permisividad hacia aquellos que deseen organizar sus manifestaciones ateas o sencillamente antirreligiosas. Se suele argumentar a la contra recordándonos las muchas obras de caridad que hace la Iglesia, la abnegación de monjas, sobre todo, y de otras entidades, algunas subvencionadas, ligadas a la Iglesia y sin las cuales se resentiría la salud de los españoles. Hay que replicar enseguida que si Juan o Francisco quieren ser caritativos desprendiéndose de lo que es suyo, bienvenidos sean y recibirán nuestro aplauso, pero que si la caridad lo que hace es suplir la falta de justicia de los gobernantes, esa caridad, independientemente de que ayude al indigente, habría que meterla en el saco de la gran hipocresía que está inserta en la muchas escalas del Poder. Y antes de pasar al siguiente aparatado, dos palabras sobre el islamismo que, como indicamos, alcanza casi los dos millones de creyentes en Alá y su profeta Mahoma. Algunos discursos de los imanes, la sumisión de la mujer y fiestas como la del Cordero, en

donde se ensañan brutalmente con un animal, que rememora la que nos cuenta la leyenda bíblica en la que Abraham sacrifica un cordero en vez de a su hijo Isaac —Ismael para los musulmanes— son intolerables. Tachar de islamóforo, sin más, a quien denuncie estas prácticas bárbaras es, como mínimo, de ignorantes.

Si damos un paso más y nos adentramos en la situación actual, por ejemplo, la del Estado, con un rey a la cabeza, la Constitución, que en su artículo 16 da prioridad a los católicos con la complicidad de los partidos políticos del signo que sean, es casi confesional y solo es laico en las palabras o en gestos inútiles. Y hace oídos sordos a peticiones como, y en un ejemplo entre otros, la de Europa Laica, que, sin embargo, repite una y otra vez lo injusta y trasnochada de esta situación. Por volver a casos concretos: sigue vigente el Concordato con la Santa Sede. Es ese el nombre, firmado en 1979 y que aún destila tufo franquista. No ha habido ley de libertad religiosa, tantas veces prometida, ya que data de 1980. Podríamos continuar, pero por este camino tropezamos hasta con la quema de brujas o los aquelarres de Zugarramurdi. Por cierto, en las orgías con Satanás, trasunto del dios Pan en aquel contexto, no solo había brujas, sino brujos. De la misma manera que tampoco hay que tachar lo bueno que haya podido dar una religión que comenzó como una revolución de amor a la humanidad. Pero una cosa son los fundadores y otra los fundados. La frase de Loisy “Jesús ha traído un reino y nos ha salido una Iglesia” se podría aplicar universalmente a creyentes y no creyentes. Lo que el pensamiento libertario reivindica, una reivindicación mínima, es que exista una separación real entre el Estado *de facto* y las agrupaciones religiosas, del tipo que sean. Es lo que se llama *laicismo*, vieja palabra que, paradojas de la historia, nació en el mundo clerical. Algunos, poniéndose finos, distinguen entre laicismo y laicidad. El primero sería rabiosamente antirreligioso, el segundo no. La distinción está de sobra. El laicismo quiere la separación citada, tal y como se hizo modélicamente en

Francia con la Ley Ferry de 1904 y por la que se suprimían los símbolos religiosos en los espacios públicos. Es cierto que no es posible calibrar milimétricamente qué es o no es un símbolo religioso. La discusión de hace pocos años y en la misma Francia sobre si estaba permitido o no el velo de las mujeres en las escuelas públicas lo pone de manifiesto. No se llegó a una conclusión definitiva y todo quedó en recomendaciones. Pero sí hay verdaderas ostentaciones que chocan con el laicismo más elemental. Es curioso que ya en el siglo XIII el inteligente franciscano Ockham estableció la necesaria diferenciación e incluso se atrevió a limitar los poderes del papa dentro del cristianismo. No es extraño que anduviera huyendo de un sitio para otro. Más extraño es que la historia tenga tantos bucles.

Nos podríamos plantear, para acabar, hasta qué punto es compatible el libertarismo religioso con una religión que vamos a llamar *adverbial*. Para explicar lo que quiero decir con adverbial recurriré a Wittgenstein, uno de los filósofos más inteligentes del siglo XX. Decía que él no era creyente, pero veía todo religiosamente. En una traducción a lo que pensamos se podría decir que uno puede rodear los hechos con cierta magia, con cierta admiración, con asombro, con aura, con una combinación de miedo y amor a lo desconocido. Es semejante a lo que otro filósofo, Tugendhat, denomina “mística natural”. Se trata de olvidar todo lo posible nuestro yo en medio de un universo que no es ni padre ni madre, que no sabemos lo que es. Eso nos haría menos ególatras, más conscientes de que somos uno más entre todos. Nos haría más conscientes de lo ridículos que somos cuando nos endiosamos, cuando nos miramos tanto que parece que nos veneramos. Y lo único que tenemos que hacer es cuidarnos y, en lo posible, cuidar a los demás.

CAPÍTULO 5

PENSAMIENTO LIBERTARIO Y VIDA COTIDIANA

El concepto de vida cotidiana saltó a la arena pública hace no muchos años como si fuera un gran descubrimiento. Se trata, sin embargo, de un pleonismo, porque toda vida humana es cotidiana. Salvo casos muy contados de heroicidad, nuestro vivir discurre, con más o menos tranquilidad, a través de las 24 horas que, según el calendario, llenan nuestra existencia diaria. Pero la irrupción de dicho concepto, enroscado con otros que hacían guiños a la autoayuda y a una felicidad al alcance de la mano, quería, y esto tenía más enjundia, levantarse contra la rutina, el aburrimiento y la melancolía cíclica de la repetición de lo mismo. La fórmula consistía precisamente en aceptar tales limitaciones, pero cambiando de ánimo y aprovechando los resquicios de esa vida tan supuestamente monótona. En el fondo se escondía, en la defensa de la vida cotidiana, el eterno *carpe diem*. No habría que hacer grandes aspavientos, marchar a la conquista del mundo, correr de estridencia en estridencia. Bastaba con gozar a gusto con lo puesto. La traducción política era inmediata. No anhelar la revolución, sino comernos, sentados, la reforma. Verdad es que no toda reivindicación de la vida cotidiana contiene ese resignado sello. Porque las podía haber más explosivas. Se trataría de volvernos sobre nosotros mismos, desoír los cantos de sirena, no fiarnos de lo políticamente correctísimo y dotarnos de una sensibilidad que se abre a otros mundos posibles. Es de esta segunda cara de la que deseo hablar y enlazarla con lo libertario.

Si hay una conducta que es incompatible con la actitud libertaria es la ceremonial. No me refiero, obviamente, a la ceremonia propia de los intercambios sociales y que lo está en su punto. Tanto es así que se ha llegado a definir al humano como un ser ceremonial. Y es lógico, porque los gestos importan. De ahí que la ceremonia del saludo, la que llamamos “de la buena educación”, la aprobación alegre del bien de otros o del propio sean constitutivos de alguien que quiere y se entiende con los demás. Lo que el libertario rechaza es la ceremonia que implica sumisión. Es por esto que se opone a la reverencia al monarca, al arrodillarse ante quien sea, de este mundo o de un imaginado trasmundo, a la inclinación de cabeza que se parece más a una rendición de animal no humano que a una aprobación sincera a lo que nos da placer. Este tipo de ceremonias rompe la igualdad entre todos los que formamos parte de una humanidad que ha alcanzado el nivel cultural que nos caracteriza. Ha aparecido una palabra clave: la igualdad. No deja de ser curiosamente contradictorio que día a día aumente la desigualdad entre todos los que habitamos esta tierra —en España, concretamente, se ha acentuado de manera considerable en los últimos años— y la palabra sea usada como un triunfo por cualquier institución, discurso o emblema. Conviene que nos detengamos en la noción de igualdad. Tantas veces, repito, ensalzada y muchas más pisoteada.

La evolución es como una carrera de obstáculos en la que muchos quedan en el camino. O se parece a un laboratorio en donde se van rechazando los resultados indeseados. O como nos enseña L. Margulis, ex de C. Sagan, una simbiosis de bacterias que dio por resultado organismos eucariotas, con núcleo, y ahí comienza nuestro peregrinar hasta llegar a la actualidad. El *Homo sapiens*, que es como nos hemos autodefinido, ha dejado por el camino a otros muy semejantes a nosotros. De algunos tenemos restos fósiles y genéticos. De otros, solo conjeturas. De ahí que no tenga mucho sentido hablar del ser humano como algo redondo, diferenciado al máximo, rey e

incluso fin de la evolución. Es lo que hacen quienes, con espíritu metafísico, valga la expresión, son seducidos por el fijismo y aborrecen los procesos. Y la vida es proceso. Y es lo que hacen, con el convencimiento que les da la fe, algunos creyentes cristianos, predicadores de la bioética varios de ellos. Dan por hecho el ser humano y punto. Claro que por este camino se meten en un callejón sin salida. No hay teología que pueda responder a las siguientes objeciones. Por un lado, si existe ese perfecto ser humano, se habrá dado en un tiempo X. Y será introducido en el reino de la gracia y todos los dones de los que goza un ser redimido. Pero aquel homínido que vivió una hora antes no pertenecería a los que han sido llamados a ser salvados. Es tan ridículo solo el planteamiento que mejor ahorrarnos seguir dando vueltas a lo que es un absurdo. Por otro lado, si el *Homo sapiens* ha sido agraciado de tal manera que puede alcanzar la inmortalidad, ¿por qué no los animales, al menos los superiores, que le son tan semejantes? Abandonemos la teología y retomemos la idea, fundamental, de igualdad. Parece claro que la naturaleza no pudo generar dicho concepto puesto que la naturaleza dejada a sí misma contemplaría hombres y mujeres muy diferentes. Será en el reino de la cultura en donde comenzará a tomar aliento la igualdad. Será cuando los humanos se vean en los otros, si no como en un espejo, sí con semejanzas en necesidades y deseos muy similares. Pero una igualdad más justa y en la que no haya esclavos o miembros de segunda clase ha tardado mucho tiempo en realizarse, al menos teóricamente. Y alguna religión ha favorecido dicha igualdad. Las religiones, a pesar de que han fomentado en muchos casos la desigualdad (piénsese en la superioridad del sacerdote-rey), en otros han rebajado a los humanos al mismo nivel. En la epopeya de creación sumeria los humanos, los Li-la o “como plumas al viento”, son creados para que trabajen al servicio de los dioses. Ahí todos son iguales. Y en el cristianismo, con la idea de que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, se da una gran zancada, al menos verbal, hacia la igualdad. Tendrá que pasar

mucho tiempo, y no es cuestión de detenerse en episodios de la historia más reciente, para llegar a la proclamación de la Revolución Francesa de “Libertad, igualdad y fraternidad”. Dos comentarios adicionales. Uno, que no parece que tenga fundamento la osada hipótesis de Tugendhat de que los primeros humanos gozaron de una especie de simetría estructural. No hay ninguna prueba empírica de ello. Y otro, que esa igualdad ha sido entre los hombres y no entre todos, hombres y mujeres. Da vergüenza leer hoy lo que Aristóteles o Pablo de Tarso escribieron sobre la sumisión o minusvalía de la mujer.

Dando por supuesto que todos somos iguales en el sentido de que nadie es superior a nadie por el simple hecho de pertenecer a la especie *Homo sapiens*, se plantean otros problemas que el libertario tiene que afrontar. Porque la igualdad básica, en la que nadie tiene por qué sacar la cabeza, en cuanto humano, por encima de otro, es meramente formal. Quien nace pobre no es igual, realmente, a quien nace rico. Ni el que tiene talento a quien no lo tiene, ni el que nació ciego a quien tiene ojo de lince. Es este un punto crucial. Un ultraliberal dirá que ni él ni la sociedad tienen la culpa de que Juan haya nacido en el arroyo, sea poco inteligente o no vea. Como Caín con Abel, puede encogerse de hombros. Quien no está de acuerdo con esa postura, dominante de hecho, y a veces de derecho, en el mundo de hoy, puede tomar dos caminos. Uno más moderado y otro más radical, que es el que vamos a defender los que consideramos que el libertario no es una estatua frente a otras; o que los demás son sujetos y no objetos como los útiles que usamos. El moderado está a favor de una justicia distributiva mínima. Según esta postura se deben garantizar, con los recursos que posea el Estado, las necesidades básicas de todos los miembros de la sociedad. Después, que cada uno llegue tan lejos como le sea posible. Los socialdemócratas actuales no están lejos de esta posición. El libertario tratará de rellenar toda la potencia de cada uno de los individuos y no se quedará en la seca y abstracta

individualidad. Porque no es un libertario. Este solo desea que el Estado esté al servicio de sus privilegios. Suplirá lo que falta, pondrá límites a lo que sobre y unirá la igualdad con la justicia y con la libertad. Es obvio que esta postura es mucho más exigente, se basa en la voluntad de igualdad y no se agarra al clavo ardiendo de ningún argumento definitivo. Y tiene detrás una concepción antropológica que hace que nos ligue a los humanos dándonos la mano y no o a porrazos o con la indiferencia. Decía Bakunin que él no sería libre hasta que todos fueran libres. Por nuestra parte decimos que no nos sentiremos iguales hasta que todos sean iguales. Sin quitar un ápice de mérito a Kaspárov como gran ajedrecista, a Messi como gran jugador de futbol o a Einstein como gran físico. O a mi padre por sacar adelante a sus siete hijos siendo maestro represaliado.

Es claro que todo lo dicho hasta ahora exige un cambio de modelo político y, en consecuencia, económico. Habitualmente, la mayor parte, y bajo la sonrisa del Poder, va a votar cada cuatro años a un partido del que ni siquiera se ha leído su programa. Se viste de domingo, se toma por un ciudadano responsable e incluso dice, en serio o en broma, que es la fiesta de la democracia. Una vez que ha echado la papeleta espera otros cuatro años para volver a votar. Cuando tendría que ser al revés: ponerse a vivir según lo votado en esos cuatro años. Un libertario hace justo lo contrario. Y su lucha por dar la vuelta a un sistema con el que no está de acuerdo la lleva a cabo en la vida social, en la vida cotidiana. Y esto simplificando mucho, de dos formas. Una es en la familia y en el trabajo, sea este el que sea, defendiendo con valentía lo que se piensa. Para esa defensa hay que argumentar y el argumentar o dar razones exige saber de lo que se habla y conocer no solo el entorno, sino tener el oído listo a todo lo que ocurre en el mundo. Argumentar, por tanto, supone escuchar a quien se quiere rebatir y leer. No todo está en los libros, pero mucho sí. Y la otra es participando en todo aquello que tiene que ver con el pensamiento libertario. Y ahí se inscribe la

necesidad de manifestarse, resistir a las mentiras que vuelan como las águilas, en las reuniones pertinentes de vecinos y no vecinos, colaborando con los movimientos afines y todo aquello que pueda favorecer una causa que nos parece justa. La herramienta será la que en su momento convenga, pero todo ello se encuadra en la vida cotidiana, en la de todos los días, en la que teje nuestro existir.

Para acabar, cabe recordar que una vida cotidiana triste es impropia de un libertario. Por mucha que sea su melancolía o muchos que sean los problemas que le acucien, todo tiene que envolverlo en el humor. El humor es unitivo con los propios y corrosivo para el Poder. No olvidemos nunca este excelente aliado.

CAPÍTULO 6

PENSAMIENTO LIBERTARIO Y EL MAL

Si hacemos caso al filósofo Bartley, en casi todas las lenguas abundan más las palabras que se refieren a algún tipo de mal que las que lo hacen a algún tipo de bien. En la vida cotidiana se discute, como si de medir en una balanza se tratara, el mayor o menor peso del mal comparado con el bien. Otros, de modo más tópico pero suponiendo que explican la existencia de todo mal, afirman que si no se diera el mal tampoco podría existir el bien, de forma análoga a que sin la falsedad no se daría la verdad. La argumentación, sin duda, es arbitraria, puesto que sería posible tanto un conjunto de seres todos buenos o, por el contrario, todos malos. Y ya desde la infancia aprendemos no solo a distinguir, sino a encarnar lo bueno y lo malo. En cualquiera de las películas que con entusiasmo infantil veíamos, y especialmente si era con ecos del Lejano Oeste, esperábamos con entusiasmo la aparición del bueno y nos desagradaba hasta el insulto la del malo. Pero conviene hacer desde el principio una división que es esencial para lo que vamos a tratar. Los latinos distinguían entre el mal de la pena y el mal de la culpa. Un terremoto era un mal que nada tenía que ver con la voluntad humana. Solo indirectamente podríamos quejarnos de que las casas que lo sufrieron estaban habitadas por indigentes y, en consecuencia, no se había esmerado el constructor en hacerlas resistentes. El mal, mal de la pena, tendría su causa directa y fundamental en algún corrimiento de las capas tectónicas. El llamado “mal de la culpa”, sin embargo, es bien distinto, puesto que se atribuye a la libertad

humana, a alguien que, imaginémonos con veneno o fusilando, elimina a otro semejante. Es a este segundo mal, al nuestro, al humano, al que me voy a referir de modo casi exclusivo.

Es obvio que se ha enfocado el hecho del mal y los problemas que suscita desde ángulos bien diversos. Solo un breve repaso a modo de indicación. La constatación del hecho de que nos infligimos ingente mal entre nosotros es un dato incuestionable. En toda la historia, y es un ejemplo, no es posible encontrar un solo día sin guerras. Añadamos a ese mal que entra por los ojos y oídos las torturas, las humillaciones y un etcétera tan largo que no cabría en estas páginas. Y su descripción se ha hecho en todos los campos del saber. Por ceñirnos a uno solo, que se lean los capítulos X y XI de la obra de Hume *Diálogos sobre la Religión Natural*. Horrorizan. O que se aproxime uno a *Demonios* de Dostoyevski para contemplar el mal viral. Doctrinas como el nazismo o el estalinismo, sin descartar al ultracapitalismo, nos ofrecen retratos que hacen temblar. A la hora de explicar lo que es el mal ha solido darse tanta originalidad como ingenuidad o interesado cinismo. Agustín de Hipona, mezclando religión, filosofía y autojustificación, afirmaba que el mal no existe, sino que es privación del bien. Se trataba, luego lo veremos más despacio, de salvar la bondad sin límites de Dios frente al muy extendido mal en el mundo. Este argumento de la privación es, lógicamente, inútil. Con la misma razón se podría afirmar que el bien es la privación del mal. Pero en donde se lució de verdad el santo fue cuando soltó aquella frase con la que se le recuerda como ingenioso retórico sofista y según la cual “Oh, feliz culpa que nos ha deparado tan grande Redentor”. Es como decir que, para gozar con un extraordinario perdón, voy hay cometer los mayores delitos posibles. Por otro lado, y también volveremos enseguida, no se ve que ser todopoderoso implique hacer el bien, sino, por el contrario, el poder se manifiesta realmente haciendo lo que a uno le dé la gana y, por supuesto, el mal. En este sentido son más coherentes autores como Ockham o el mismo Lutero; lo que

sea bueno o malo lo decide la arbitraria voluntad de Dios que a nada ni nadie se somete. Y, por citar uno más, san Ireneo, uno de los pilares de la Iglesia primitiva y que persiguió con saña a los herejes, especialmente a los gnósticos, dirá que Dios ha puesto el mal de manera pedagógica. Sería como una escuela de aprendizaje para que, poco a poco, seamos mejores. Hermosa idea.

Dando brincos podemos llegar a una concepción del mal que une elementos filosóficos con religiosos. Digamos, nobleza obliga, que en los últimos tiempos han utilizado todas sus armas intelectuales filósofos cristianos para defender sus creencias. Es lo que recibe el nombre de Teología Filosófica. O, lo que es lo mismo, tratar problemas teológicos con herramientas estrictamente filosóficas. En general, hay que constatar que en unos y otros se da por supuesto que un ser finito, al ser creado y contingente, no puede por menos que ser limitado; con carencias, rodeado de mal, en suma. El supuesto en cuestión no se sostiene, puesto que en ningún sitio está escrito que la finitud sea la hermana de la maldad. Antes de llegar a ellos no hay más remedio que pararse en el momento tal vez cumbre de este intento de compatibilizar un Dios bueno con un realísimo mal. Porque apremia aquí el razonamiento de raíz epicúrea de que si Dios es bueno y omnipotente, el mal no existe; es así que el mal existe, luego o no es del todo bueno o no es omnipotente dicho Dios. El momento más celebrado de la Ponerología — palabra de origen griego que quiere decir estudio del mal— o de la Teodicea, o justificación de un Dios bueno que tolera la maldad y que, aunque no fue su inventor, la popularizó Leibniz. Con la loable intención de salvar la bondad divina, Leibniz sostuvo que este mundo que habitamos era el mejor de los mundos posibles. Dios, así, habría hecho lo mejor y evitado lo peor. Causa sorpresa que una mente tan inteligente como la de nuestro filósofo razonara de modo tan poco lógico. Primero porque, si es el mejor posible, siempre podemos pensar que hay otro mejor de la misma forma que si alguien nos dice

que ha descubierto el último número, ironía genial de Borges para definir a Dios, podemos señalarle otro superior y así sucesivamente. Y, por otro lado, si el mejor mundo a idear tuviera tantos defectos, lo correcto es no crearlo. Un padre amantísimo que sabe que si trae a este mundo un hijo padecerá males sin cuento se abstendrá de poner a la pobre criatura en una tierra que solo con pisarla le va a causar dolor. Dentro de la citada Ponerología, prima hermana de la Teodicea, algunos, como es el caso del brillante filósofo y teólogo Torres Queiruga, resuelven la acechante incompatibilidad entre un Dios bueno y el mal, confiándolo todo a la resurrección. Por mucho que suframos seremos salvados y todos los pesares de este mundo han valido la pena, la noche oscura se iluminará con una luz eterna. Ante este tipo de argumentos, que por lo demás dan por supuestas muchas cosas un tanto increíbles, viene a cuento la greguería de Gómez de la Serna cuando escribe que si alguien te promete un gran bien, pero has de pasar antes por una espera angustiosa, no te ama. O en un tono más festivo podemos recordar el chiste del de Bilbao que, después de un terrible accidente de avión, saliendo de los escombros, quitándose el polvo y desdeñando los rasguños exclama complacido: “si no llego a ser de Bilbao”. Mejor evitar el accidente, aunque se sea de Bilbao.

Por remitirnos ya a una reciente polémica de tono filosófico sobre el tema digamos brevemente algo de una polémica que tuvo lugar hace unas décadas, todavía entre el filósofo de la ciencia Mackie y otro filósofo, bien original, Plantinga, que (también original) era calvinista. Antes de nada diré que Plantinga, en cierto sentido no lejos de Calvino, afirmaba que tiene que darse, por necesidad, una inherente perversidad en cualquiera de los mundos que Dios pudiera crear. No olvidemos, para explicar mejor su postura, que el Dios calvinista nos predestina a la salvación o a la condenación independientemente de que obremos virtuosamente o no en esta vida. La verdad es que suena terrorífico pero, como veremos, tiene su razón de ser. Y

es que un Dios, si es tal, de manera arbitraria ejercerá su omnímodo poder a la hora de crear el o los mundos. Volviendo a la polémica entre Mackie y Plantinga, el duelo se convirtió más en un juego intelectual que en aportar algo de luz al problema del mal. La impresión que da es que para Mackie hay una disfunción básica entre el bien y el mal, de modo que no podemos decir que en este mundo triunfe el bien mientras que Plantinga, por el contrario, ve el mal y el bien de tal manera que el mal impulsaría la evolución y aumento del bien. El agudo filósofo Flew, interviniendo en la polémica indirectamente, dejó zanjada la cuestión al entender de muchos: un gramo de mal sería incompatible —o al menos improbable— con la existencia de un Dios bueno. Los optimistas actuales, dicho de paso, que afirman con convencimiento —como fue el caso de Fukuyama hace unos años y ahora el biólogo Dawkins— que caminamos hacia un mundo mejor son aliados, además del capitalismo descarado, del calvinismo de Plantinga y de tantos más, reconocidos optimistas o no. Para acabar con este breve recuento filosófico señalemos que Kant, en un pequeño y tardío libro sobre el mal, vino a decir que está en la raíz de nuestro ser la inclinación al mal. Sería tanto y tan poco como interpretar simbólicamente el mito del pecado original.

Pasemos, siquiera sintéticamente, a la parte más puramente religiosa del enfoque del mal en todos sus aspectos y donde, repitamos, lo que nos importa es el mal que está en nuestras manos o en nuestro corazón. Los mitos son, en buena parte, la aurora del pensamiento. Y el de la contraposición entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, es un mito original, un arquetipo, que diría Jung. Hablamos al principio de las películas de jóvenes y adultos que reflejaban simbólicamente la realidad. En nuestro caso, el filme, antes cuento de terror sobre vampiros, en todas sus variantes, es de lo más revelador. Lo que no soporta el vampiro Drácula es la luz. Esta lo deshace. En un paso más, en la mayor parte de las religiones que nos han llegado con fuerza, los dos principios, el del bien y el del mal, combaten, se intercambian o uno derrota

al otro. Dos ejemplos son el dualismo persa y el hindú. En el primero, Ahura Mazda es el Dios bueno, mientras que Ahriman o Ormuz, el malo. Ironías de la historia, el estrecho que separa a los chiítas persas de los sunnitas de la península arábiga toma hoy el nombre de Ormuz. En el hinduismo, Brahma es el creador y Shiva el destructor. Uno, en suma, bueno; y el otro, malo. Como indicaba Hume, explica mejor la existencia del mal un dualismo en el que se reparten las tareas en vez de un Dios que solo es bueno. Aunque, no habría que olvidarlo, en el islamismo Alá crea todo, incluso el mal. Ya más cerca de nuestra cultura, Zeus (de quien deriva el nombre latino de *deus* y el castellano de *dios*) tendrá que vencer a los otros titanes y encerrarlos en el Tártaro. Esta vez uno ha salido triunfante, como ocurrirá con el Dios cristiano respecto a Satán. Pero siempre la ambivalencia en lo bueno y lo malo y a quién se le tendría que adscribir. Si ahora damos un paso atrás y nos colocamos en los comienzos de lo que hemos heredado históricamente, habría que remontarse al poema de creación “Enûma Elish”, en donde un deus masculino, representando el bien, vence a otro femenino, que representa el mal. El machismo comienza así su cosecha. Pero si hay un movimiento en el que, muy dislocadas sus piezas teóricas sin duda, está presente retirar a Dios la mancha del mal es en el gnosticismo, palabra que procede del griego y significa *conocimiento*. Se trata de una doctrina desconcertante pero de una importancia capital, aunque la hayamos sepultado en nuestra historia. Y es que hemos sepultado todo lo que se opone a un canon que no acepta las libérrimas libertades que desprecian a los intermediarios. Es lo que sucede con los albigenses, los bogomilos, los valdenses, los libres, los fraticelli y, de modo muy especial, con ese movimiento que desapareció como por encanto que es el gnosticismo. Parece que quien, de forma abigarrada, le dio forma fue un filósofo nacido en la actual Turquía, pero que acabó en Roma, y de nombre Valentín. En un principio se trató de una doctrina pagana para introducirse después en el cristianismo naciente. Pronto los expulsaron como

herejes. Cosa comprensible, porque rompían la rígida Iglesia que iba extendiendo sus tentáculos. En una exposición simplificadora, y que sirve a nuestro propósito, situaban un bien primordial por encima de todo lo existente. De él nace, entre otras cosas, el creador del mundo, un Demiurgo semejante al de Platón en el *Timeo* y que crea el mundo. De esta forma ya han liberado al supremo ser del mal. Este se dará en la materia respecto a la cual mantienen una actitud interesante y ambivalente. Por un lado, como es mala, huyamos hacia lo espiritual e incluso no engendremos otras criaturas que perpetúen la materia. Pero, por otro, si la materia es mala, hagamos con ella lo que nos dé la gana; luego fuera el puritanismo y adelante con el placer. El gnosticismo, además, sostiene que quien se salva es el individuo solo, sin necesidad de nadie más. Y esto es intolerable, no ya para la Iglesia, sino para los estándares que se impondrán en Occidente. Uno de ellos, por cierto, es la democracia representativa, que tiene horror a la directa y a quien soberanamente decide. La institución religiosa sería el medio indispensable para vivir y para salvarse. Y el sacerdote, quien impone las normas para dicha terrena y ultraterrena salvación. En el gnosticismo se ha liberado a Dios del mal y a los individuos de otras maldades. En medio de todas sus excentricidades, no dejan de producirnos a algunos la simpatía derivada de lo que se opone a la interesada ortodoxia. Sin embargo es curioso, digámoslo de paso, que el biólogo Francisco de Ayala sostuviera que el mal está en la evolución y no en Dios. Curiosa defensa de ese Dios que, ni el sabría cómo, nada tiene que ver con la evolución.

Vayamos ya al libertario y al mal de males. Recordemos que se trata del mal por el mal, el que huye de cualquier explicación, el que oscurece lo oscuro, el que estando presente se hace invisible, el que todo lo contagia y no hay medicina que nos libere de su viral propagación. Es, en suma, la sed de mal, por utilizar de nuevo la sabiduría que nos llega del cine, esta vez de la mano de O. Welles. Ese mal, en último término, es el Poder, el Poder por el

Poder y del que emanarán toda otra clase de males. Y el libertario ha de luchar, antes de nada, contra el Poder. Lo que sucede es que al reivindicar la suprema libertad puede estar tentado de imitar aquello contra lo que tiene que luchar. Y aquí se abren tres posibilidades. Una es quedarse en la libertad del individuo, sin más, indiferente a lo que esté fuera de su poder. Tal vez fue ese el error del, por otro lado, cofundador del anarquismo. Otra, usar el poder de la libertad para, así, imponerse a otros. Es la concepción del poder sobre los demás que tal vez arruinó buena parte del legado de Nietzsche. Y otra, que creo que es la correcta, consiste en el poder de la libertad, no sobre nadie, sino con las otras personas libres. Ahí podemos mirar de cara al mal. No lo destruiremos, pero tampoco destruirá, por mucho que sea su poder esa libertad que nos es constitutiva.

CAPÍTULO 7
PENSAMIENTO LIBERTARIO
E INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Si en nuestros días cualquiera habla o escucha algo sobre la nuevas o novísimas tecnologías y tiene interés en saber de qué se trata, qué hay de nuevo en ello y qué consecuencias se pueden derivar para la humanidad entera, es probable que conteste con estas tres palabras: big data, robótica e inteligencia artificial. Luego entraré, en lo posible, en la entraña de estas tres palabras, pero antes me gustaría hacer lo que hacía Tomás de Aquino con los que no estaba de acuerdo, sin más, o no del todo de acuerdo. Y lo que hacía era exponer primero las objeciones del supuesto contrario. Es lo que me parece oportuno hacer ahora antes de pasar, primero, a una somera exposición de esta apabullante novedad tecnológica y la actitud correspondiente de un libertario. Comencemos por la más que vacilante actitud que el humano tiene ante las máquinas. A principios del siglo XIX surgió un movimiento, el ludismo, tal vez llamado así porque el más conocido de dicho movimiento se llamaba Ludd. Ante la creciente industrialización y pérdida de trabajo de los individuos que eran sustituidos por las máquinas comenzaron, de modo un tanto desorganizado, a romperlas o estropearlas. No había un objetivo político detrás, como podría ser el temor a un monstruo de Frankenstein real o a la aparición de un seudohumano que entrara en guerra con la humanidad. La protesta, que tiene semejanza con algunas quejas actuales respecto a la robótica, iba contra la pérdida de trabajo. Los

neoluditas actuales sí dicen enfrentarse a la deshumanización que traería consigo el maquinismo. El conocido filme de Chaplin *Tiempos modernos* se inscribe más en esta segunda corriente. Es un hecho, en cualquier caso, que hemos unido lo orgánico y lo inorgánico en nuestros cuerpos sin grandes problemas. Piénsese en una válvula de cerdo en un corazón humano o una prótesis en un aneurisma. Y en los años sesenta Clynes y Kline introdujeron la palabra *cyborg*, que ha hecho fortuna y que busca la unión, mitad a mitad, de un ser humano con una máquina. Que esta llegara a dominarnos, luego entraremos en ello, es una cosa; pero que exista complementación no indica que nos destruyamos, sino todo lo contrario.

Una segunda objeción es la de que estamos ante un nuevo mito, el de la tecnología. La palabra *mito* tiene diversas interpretaciones. El rapto de Europa por parte de Zeus o el de Pigmalión nos siguen pareciendo bellos y sirvieron de ayuda ética a los griegos. También se supone que anteceden al pensamiento racional, lo que no quita para que, como escribía el filósofo Wittgenstein, en el lenguaje actual vegete toda una mitología. En nuestros días lo habitual es equiparar mito a falsedad, exageración o ficción. Es en este sentido en el que se descalifica la fiebre tecnológica de hoy. La ficción futurista, por otro lado, está creando una especie de pensamiento paralelo que puede ahogar lo real. El caso de la película *Blade Runner* es representativo. El filme de Scott, tomado de la novela de Dick *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* (a no confundir con *¿Van los perros al cielo?*) ha sido un empujón, en sus diversas versiones, para que la imaginación tecnológica vuele de manera extraordinaria. Esto que ha ocurrido siempre hoy asoma su cabeza de poder real. El gólem judío, por ejemplo, era una forma de mostrar la incapacidad de crear propia del humano. La supuesta utopía de nuestros días cree abrir la puerta de un mundo nuevo que se posa en la tierra. Que algunos científicos, con sus provocaciones, colocan casi a mano la inmortalidad y la superación esencial de lo humano es un hecho. Pero habría

que contestar que, además de ser minoría, son especialistas en su materia y no meros especuladores. No olvidemos tampoco que muchos mitos del pasado se han convertido en verdades del presente.

Las taxonomías que utilizamos cuando hablamos de la evolución humana cambian constantemente. Esa flexibilidad proviene tanto de la dificultad de separar y datar con nitidez unos datos, fósiles, por ejemplo, como de la arbitrariedad relativa sin la que nos sería difícil una creatividad que nos es constitutiva a la hora de avanzar en nuestro conocimiento. Distingamos, así, entre androides, antropoides y homínidos. Prescindamos de los androides. Son construcciones nuestras equivalentes a los robots. Los segundos son fruto de la evolución y se trata de unos primates que hace poco más de seis millones de años comienzan a parecerse a lo que seremos los hombres y mujeres de hoy. Y los homínidos, si colocamos el *australopitecus* en el pelotón de salida, tendría unos cuatro millones de años. Supongamos que nos situamos donde actualmente estamos, en el *Homo sapiens*. Diremos que se han dado diferencias entre los dos últimos estadios, sobre todo, que no son accidentales, y que hemos entrado en un entramado de familias, especies y subespecies de forma que, al final, hemos de colocar una línea que separe claramente lo que es el *Homo sapiens* de lo que le antecede. Esta es la prehistoria, expuesta con una simplicidad tal vez excesiva, de lo que llamamos “especie humana”. Ayudados por la analogía evolutiva, distingamos entre humanismo, transhumanismo y posthumanismo. El humanismo, que tiene su cenit teórico en el Renacimiento, busca la realización de todas las potencias de las que está dotado el hombre. Por honestidad intelectual no estaría mal hablar de prehumanismo si nos referimos al conjunto de personas que no tienen el mínimo para sobrevivir humanamente. Por desgracia, sigue habiendo muchas en ese estado. Pasemos al trashumanismo, término con el que se están familiarizando ya hasta los que solo leen el *Marca*. En el baile de fechas a la hora de datar esta nueva denominación hay que decir que, a

comienzos de los años noventa, More introduce de modo definitivo la palabra. Lo que no quita para que su mujer hubiera publicado años antes un “Manifiesto transhumanista” o que, luego entraremos en ello, ya en 1956 McCarthy bautizara la parte que más nos va a interesar del transhumanismo con el nombre de “inteligencia artificial”. Y sus intenciones, sin una ruptura traumática con el humanismo, intentan ir mucho más lejos, incluso ponen en cuestión la naturaleza humana al querer añadir cualidades con las que ni quiera había soñado el humanismo. Aun así, el transhumanismo sigue de la mano, un poco forzada, del humanismo; no corta de raíz con lo que le antecede. Dos observaciones antes de pasar al posthumanismo. La primera es que conviven dentro de él varias actitudes, desde la liberal a la marxista. Y la segunda, que a veces se usa transhumanismo como un supergénero en el que caben todos los ultra o supratecnologismos que de una u otra manera buscan lograr, si no la inmortalidad, sí al menos la amortalidad. Por ejemplo, criopreservacionistas, rejuvenecistas, inmortalistas sin más cualificación y hasta resurreccionistas. Entremos ya en el poshumanismo. Autores como Minsky, Moravec y Kurzweil, cada uno a su manera, prometen dar un paso trascendental. Consistiría este no en interfaces entre máquinas y humanos, sino de auténticas máquinas inteligentes, una nueva especie distinta del humano actual. Si, por ejemplo, lográramos, tomando como modelo nuestro cerebro e introduciendo una serie de algoritmos, una superinteligencia o colocar nuestra mente en una máquina, la inmortalidad dejaría de ser un sueño para convertirse en una realidad. Inmediatamente se pone el grito en el cielo, puesto que si tal posibilidad se realizara, perderíamos nuestra esencia humana, nuestra identidad de seres humanos. Pero se puede responder a estas a veces furibundas exclamaciones diciendo, antes de nada, que si la evolución ha hecho que del gorila nazcan Javier o Tomás, no se ve por qué de Javier o Tomás puedan surgir otros con una diferencia respecto a nosotros como la que hay entre los Javieres y Tomases con los gorilas. Se olvida,

además, que la evolución es un proceso y los procesos no son sucesiones de esencias cerradas como los eslabones de una cadena. Incluso hablar de ser humano es arriesgado, puesto que no sabemos —piénsese, entre otros, en el *neanderthal*— qué es el ser humano. Introducir, por otro lado, conceptos confusos como esencias e identidades no aporta nada a la discusión de lo que nos importa. Y lo que nos importa, más tarde volveremos sobre ello, es si estamos conculcando algún principio ético.

Un problema más profundo es el político. Esta es la objeción de objeciones y a la que es difícil responder. Porque no se trata de que la supremacía supuestamente lograda haga que unos pocos conviertan en semiesclavos a otros. Por cierto, esto existe ya en nuestra desigual sociedad, donde unos pueden llegar a Marte y otros morir de hambre en la Tierra. Sorprende por eso que ahora algunos se lleven las manos a la cabeza como si hubieran despertado del sueño de los justos. Es, sin duda, un problema, como lo serían la pérdida de nuestra intimidad, la manipulación de las emociones o el dominio de nuestra ya escasa libertad. Lo realmente preocupante consiste en que dos, tres o cuatro empresas se conviertan en la punta de lanza de un capitalismo que, endiosado, se pueda hacer con nuestras vidas. Marcará la política, los negocios, las costumbres y hasta las manías. La cuestión es cómo oponerse a una situación que podemos llamar inmoral o carente de ética por injusta. Algunos apuntan a que se regulen a través de leyes concretas y en función de la situación concreta. Nada que objetar, pero no pasa de ser un parche. Habría que cambiar sustancialmente el modelo económico. Y dicho modelo es el del viejo capitalismo, que posee todos los medios de producción y controla la participación ciudadana. El economista Schumpeter pensaba que el capitalismo se destruiría fruto de sus propias contradicciones. Se confundió. Ha ocurrido lo contrario. Y, así, el neocapitalismo, ultracapitalismo o supercapitalismo no ha hecho sino aumentar su poder. Casi una divinidad. Cambiarlo a muchos les parece casi imposible, a no ser que se

produjera algún acontecimiento que, desde luego, no se ve en el horizonte. Que roza lo imposible es cierto. Pero de ahí no se sigue que, al menos como ideal movilizador, haya que oponerse a su descarado poder. Cada uno sabrá, desde su lugar en la sociedad, cómo romper el cerco que nos ha impuesto. Y mientras tanto, es posible pedir y lograr más control de lo que está haciendo y muchísima más transparencia en el amplio campo de las nuevas tecnologías. Al final lo repetiremos.

Es hora de que ofrecer una sucinta síntesis de la inteligencia artificial para confrontarla después con el pensamiento libertario. La inteligencia artificial es una parte de las ciencias de la computación y funciona con un método consistente en secuencias ordenadas y en donde cada paso depende del anterior. Es lo que recibe el nombre de *algoritmo*, palabra que ha entrado incluso en el lenguaje coloquial. Para ser experto en todo ello se requiere conocer a fondo la informática. En cualquier caso, nos es posible ofrecer un gráfico, superficial sin duda, que muestre los nudos que componen o compondrían esa máquina ultrainteligente que superaría las capacidades del más dotado de los mortales. Su comienzo se puede datar en un desafío que lanzó el matemático alemán Hilbert. El desafío tenía que ver con el golpe casi fatal a la aritmética que dio otro matemático, Gödel, cuando demostró que no podemos saber si una proposición o fórmula matemática cualquiera es verdadera o falsa, con lo que nuestro saber más certero, como es el matemático, pende en el aire. Lo que intuitivamente nos parece irrefutable (por ejemplo, que uno más uno es igual a dos) no habría modo de saber si es realmente verdadero o falso. El desafío o búsqueda de un mecanismo que nos sacara de tal embrollo hizo que entrara en escena Turing y con su máquina ideara la anhelada solución. La exposición que gráficamente hizo Turing es de una aparente simplicidad que lleva al engaño si uno es lego en la materia. El gráfico, expuesto de la manera más sencilla, consiste en una cinta con pequeñas celdas en las que podemos colocar un alfabeto, supóngase 1, 0, o en

blanco. Un cabezal permite ir moviendo a derecha a izquierda el alfabeto mencionado siguiendo una tabla de acciones o reglas hasta que nos encontremos en un estado determinado. Al final llegaremos a una fórmula que será verdadera o falsa. Un ejemplo aún más simple de lo dicho es el de una lavadora a la que le damos las reglas oportunas para que pase en cuatro tiempos desde el lavado al secado. Por otro lado, los movimientos quedan registrados y, además, podemos volver a empezar una y otra vez. De esta hipotética máquina salió el primer ordenador o computadora, de nombre Colossus. Y desde entonces toda una explosión de ordenadores cada vez más perfectos como son Watson o Siri. O aquellos que derrotaron a Kaspárov o a AlphaGo. No estará de más añadir que la incipiente física subcuántica puede revolucionar lo hasta ahora logrado. No es posible negar, según tal física, valores ocultos, los *qubits* sustituirían a los *bits* y los ordenadores subcuánticos serían mucho más poderosos que los actuales. Un mundo nuevo se abriría ante nuestros ojos.

La inteligencia artificial no está sola. Una de sus ramas es la robótica, aunque naciera antes, y otra, la *machine learning*, posibilitaría que los ordenadores o robots aprendieran por ellos mismos, autónomamente y no automáticamente. Como se ve, se trata de una combinación de física, electrónica, robótica y todo un conjunto de saberes que avanzan aceleradamente. Por no hablar del big data, que acumula ingentes cantidades de datos. Y si queremos completar el cuadro no habría que dejar de lado la biología sintética. Lo que se conoce como CRISPR o edición genética posibilita cortar y editar regiones específicas del genoma. Los híbridos de otros tiempos, como el de la oveja-cabra o la terapia génica, habrían sido ampliamente superados. Ahora es posible que nos diagnostique y opere un robot o que haga compañía a una persona necesitada, que se riegue el suelo teniendo en cuenta el clima con precisión desconocida, que me arrolle un coche inteligente o que con las medidas de mis zapatos sepan qué tipo de

sombrero no llevaré nunca. Por no hablar del reconocimiento facial o a través de la voz. alguna observación adicional: por millones de combinaciones que haga una máquina y parezca que todo cae en las redes de sus cálculos, la creatividad de un niño puede escapar a esa red. Aunque, quién sabe, todo está por ver.

Pasemos a la actitud del libertario ante la inteligencia artificial en el amplio sentido en que la hemos visto. Y, sobre todo, digamos nuestra palabra ética al respecto. Un libertario es de espíritu abierto, especialmente con todo lo que pueda mejorar nuestra condición. De ahí que no haya por qué temer a la evolución, llegue esta a donde llegue. En todo caso habrá, si es necesario, que poner coto a nuestras manos. En este sentido distinguirá lo que es algo que elimine o aminore un mal de la biomejora pura y simple. Aquí se impone la prudencia, virtud intelectual que nada tiene que ver con el miedo irracional. La biomejora plantea problemas puesto que podría dar resultados discriminatorios, ya que unos serían superiores a otros. Y la desigualdad es contraria a la libertad que pedimos para todos. Lo que sucede es que si la biomejora fuera universal, no se ve por qué habría que oponerse. Otro tanto ocurre con la pérdida de intimidad o la manipulación de nuestras emociones. Si se trata de que unos dominen a otros, la oposición será total; pero si hay reciprocidad, tampoco tenemos nada que objetar llevados por el miedo. Y lo que es decisivo y ya se ha ido apuntando antes. La cuestión es económico-política. Unos pocos, unas poderosísimas multinacionales, se habrían convertido en una dictadura feroz. Tendrían, dicho en términos marxistas, todos los medios de producción y toda la fuerza de trabajo. Nosotros seríamos unos seres manipulados, marionetas del dios dinero. A esto solo se le puede oponer tenazmente la obligación de que las empresas sean transparentes y que existan tribunales de la competencia que lucharan contra la discriminación en cuestión. Eso no lo va a hacer ni el Estado ni los partidos políticos. Eso solo lo lograríamos nosotros en casa y en la calle. Mientras

tanto, libres como el aire y firmes como el roble que, por ahora, es más vivo que una máquina.

CAPÍTULO 8
PENSAMIENTO LIBERTARIO, AMOR Y HUMOR

El amor da tanta luz que ciega. Ciega los sentidos y ciega la inteligencia. De modo muy especial le sucede al amor de amores, de novios, ya que quien es poseído por él ni come ni duerme, incluso está dispuesto a quitarse la vida si lo pierde. Existen otros tipos de amor, algunos tan reposados como el amor a la humanidad. Nos centraremos, sin embargo, en el amor-pasión, en el primero que viene a la mente cuando se escucha la divina palabra. Desde un punto de vista orgánico, se ponen en movimiento una serie sustancias bioquímicas y procesos que condicionan el estado del enamorado; del, como suele decirse más con cariño que con crítica, locamente enamorado. Son las feromonas, estímulos volátiles o no; las endorfinas, opiáceos que genera el propio cuerpo y que reciben el nombre de las hormonas del placer; o neurotransmisores como la dopamina, la serotonina o la oxitocina. Por no hablar de todo el sistema límbico, sede, como se dice, de las emociones. Porque el enamorado es un ser emocionado. De ahí que poco le importe el sustrato de su situación físico-química. El amor lo vive, el amor es una vivencia, un estado de alerta que ve el mundo desde la ventana de la felicidad.

El amor trae con frecuencia el sexo y el sexo también con frecuencia la reproducción. Pero es el placer del cuerpo entero lo que caracteriza al que está enamorado o enamorada. Es raro que una persona adulta y que se conduzca con normalidad no se haya enamorado nunca. Y es un hecho

antropológico que no todas las culturas, ni dentro de una misma cultura, lo viven igual. El amor de un maorí o el de quien subsiste en un suburbio o del que abunda en bienes poseen características distintas. Como es distinto el amor en pareja, el heterosexual, el homosexual, el que se ejercita en grupo o como Dios le dé a entender. Dios suele darle a entender, por cierto, que sea entre hombre y mujer, para toda la vida y sin saltos de cama. Pero la historia de la sexualidad es larga y variada. Los grecorromanos debían ser muy austeros en su bisexualidad mientras que un romántico la ponía a la altura de la muerte. Un monje de la primitiva Iglesia la reprimiría hasta anularla, aunque uno de ellos se llamaba san Pajón. De nuestros antepasados poco se puede decir porque estas acciones pocos fósiles dejan. Y una distinción importante que introdujo Havelock Elis entre sexo y sexualidad, diferencia el puro acto de fusión con todo el recorrido que va desde el encuentro, pasa por el cenit del afecto y acaba en la cama, en el sofá o, si no hay más remedio, en el suelo. Quien solo se centra en el sexo se pierde todo el encanto del juego erótico. Pero que cada uno se las apañe como entienda.

Pero toda luz tiene su sombra. Y al amor le acecha sin descanso el desamor. El enamorado nunca está seguro. Como en un trapecio, puede caer en cualquier momento y romperse las costillas. O sencillamente morir. Hay amores realmente trágicos que los ha inmortalizado la literatura. Mini Tirabuzone interpretada por la espléndida Mónica Viti nos desgarró cuando Giani Morandi acaba loco hablando solo y completamente desorientado. Ha perdido a su amor. Un ejemplo de la unión entre el amor y la muerte y que se ha convertido en referencia universal es el del Werther con sus cartas a Klara. La obra la escribió en pocos días un joven Goethe y ahí quedó plasmado el dolor de la pérdida del otro o la otra, que da forma total al placer del amor. Otro tanto le ocurrió al pintor Klimt y a su amante, aunque una de las historias más estremecedoras y desconocidas es la de Lafargue y la hija de Marx. Prometieron quitarse la vida antes de que su amor se marchitara. Y así

lo hicieron. Y es que las flechas de Cupido, que el talento de Sócrates cambió de sentido, pasando de veneno a bálsamo, no pueden mantener durante mucho tiempo la intensidad del primer momento. La flecha hiere, pero la herida va cicatrizando. Es ese el drama de la pareja, sea esta del tipo que sea. Pasado cierto tiempo, y que no es mucho, se va hundiendo en la rutina y perdiendo el calor del origen, el fuego del inicio. Si se preguntara si el amor es un bien, casi todo el mundo respondería afirmativamente. Si la pregunta, por otro lado, es si los bienes del amor superan a los males del desamor, la respuesta no es tan fácil. No hay balanza para medirlo. Sucede algo semejante a si hay más bienes que males en la tierra que habitamos. O se personaliza o se responde arbitrariamente o es el silencio la respuesta. Tal vez sería certero afirmar que existen momentos esplendorosos, únicos de amor, pero que si se toman todos los momentos entonces el rostro del amor se arruga y, por lo menos, deja la pregunta en tablas.

Las relaciones entre ética y amor son complicadas, especialmente para un libertario. Escribía el filósofo P. Singer que la ética tiene que ver con la felicidad, la justicia, el reparto de los recursos y cuestiones similares. El sexo no entraba en esas preocupaciones. Se lo dejaba a los obispos. Pienso que comete dos errores. El primero es no limitar bien el sexo libre de cualquier imposición. Porque en este caso no se están conculcando unas costumbres, sino unos principios que, bien es verdad, atañen a todo comportamiento. Conviene recordarlo. Eso supuesto, el libertario usará el sexo y la sexualidad como le dé la gana, siempre que no haga daño real (y no solamente simbólico o no querido) a nadie. Si Juana sufre porque Antonio no la quiere, la pobre Juana tendrá que conformarse y Antonio no tendrá que sacrificarse. En la historia del anarquismo se ha tendido a proponer y ejecutar el sexo abierto, libérrimo. Quizás, en una sociedad ideal a la que no se sabe bien si llegaremos algún día porque el puritanismo y el borreguismoseudoprogresista imponen hoy sus deslavazadas leyes, sexo y sexualidad sin correas sean las

más adecuadas. Y darían fuertes arañazos al Estado. No se olvide que la revolución comienza por la revolución de las costumbres. Alguien dirá que así nos parecemos a los bonobos. Qué le vamos a hacer. O que se parezcan ellos a nosotros.

A pesar de lo dicho, me gustaría añadir algo que ya escribí, y permítaseme la pedantería de la autocita, en *Ética erótica*, en donde decía que la ética no solo ha de hablar de deberes. Más que la ética, la moral de las costumbres podría aconsejar. El consejo no es un mandato. Es una especie de recuerdo de lo que ha sido satisfactorio, de apelación al sano sentido común y a una no menos sana cordura. En este sentido sería aconsejable, ya lo propuso Aristóteles, cierto equilibrio. Ni una monogamia en términos teóricos aparentemente superior, aunque en la vida práctica rozando lo imposible, ni un hedonismo desbocado. Hay zonas grises que son bellas, lugares en donde se conjuga autonomía y perdón, personas que nos van a atraer durante toda la vida por mucho que la imaginación vuele con su poderoso movimiento. Ahí puede situarse a gusto el libertario. Pero si prefiere ser más coherente y dedicarse al hedonismo sexual, sin por eso tener que imitar a don Juan o a Casanova, es cosa suya. Solo habría que recordarle que una seducción que no engañe, una sensualidad que abarque el cuerpo entero y un amor que en vez de atar libere son verdaderas promesas de felicidad. Cómo llevarlo a cabo lo sabrá cada uno. Ahí no hay GPS.

Amor y humor riman. Y tienen sus contrarios. Si al amor se opone el desamor, al humor le hace frente el aburrido, el pelma, el pesado, el que no suelta una sonrisa ni aunque uses un sacacorchos, el que arruina una cena, el que no dice palabra, el que parece que ha nacido para hacer este mundo menos llevadero. Afortunadamente, la evolución, que lo ha colocado junto a la inteligencia, lo ha mimado y considerado fundamental para sobrevivir. Un mundo sin humor sería un mundo en tinieblas, peor que sin música, que es a lo que más temía Nietzsche. La palabra humor viene de muy lejos, tan lejos

que se remonta al mito de la división del mundo en cuatro partes. Después pasará a la medicina y a la composición del cuerpo, y de ahí a la división de los diversos caracteres de los humanos. El humor, lo sabemos hoy, relaja los músculos, nace de lo más profundo de nuestro ser, se enrosca con los deseos y hace que la vida sea mucho menos infeliz. El humor se expresa de muchas formas y se le ha estudiado con profusión. La ironía, la comedia, lo satírico no solo son formas de expresarse que dan salida a los estados de ánimo, sino que son punzadas contra el Poder. Se ha dicho, con razón, que el Poder no tolera ni la indiferencia ni la risa. La risa es una de las manifestaciones más claras del humor. Desde la leve sonrisa hasta la descarada carcajada. Una sonrisa real —las falsas son fáciles de detectar porque el sistema límbico está paralizado— puede enamorar, hacer gozar de la dulzura de un niño y hasta, como decía un clásico, parar una guerra. La carcajada, cuando es espontánea, nos contagia y crea un verdadero coro. Lo que el canto es al amor, la risa sincera es al humor. Una persona o una comunidad que no ría está a punto de morir. Es lo que sucede en nuestros días. La risa, además, es crítica y autocrítica. Un libertario ha de reírse de todos, empezando por uno mismo. Ese es su ámbito, su contexto, su forma de existir.

Y dentro del humor, el chiste, el azote, el que te desequilibra y libera. Y eso es necesario. Hay personas especialmente dotadas para contarlos. Son un don del Señor. Y el límite de los chistes debe ser muy amplio. Desde lo sublime, sin ser elitista, hasta lo que roza lo vulgar, sin regodearse en el fango. Y chistes de todo tipo y condición. Conociendo bien el contexto, sin duda, y, por tanto, sin herir. El neopuritanismo que cercena el chiste no sabe el mal que hace. La mejor respuesta es contarle otro chiste. Y unido al chiste, bien lo vio Freud en su breve escrito sobre el tema, el juego de palabras. La ambivalencia, el despiste, el descolocar, el hacer que surja de ti mismo una voz que estaba reprimida, nos lo ofrece el lenguaje y su hermano el chiste. Un robot que contara chistes sería humano. Se ha dicho que en todo chiste hay

alguna enseñanza o toca algo sustancial. Se han dado múltiples de definiciones de humor y de chiste, que es una de sus formas. Un conocido escritor dice que el chiste es un relato literario con final desconocido. Y Schopenhauer, cuya cita no puede faltar, que el humor es lo serio revestido de broma. Riamos libremente, hagamos chiste de lo serio y al chiste nuestro aliado en la crítica, que tantas veces hay que ejercitar contra el Poder.

Índice

[CAPÍTULO 1. ANARQUISTAS. PENSAMIENTO LIBERTARIO. LIBREPENSADORES Y LIBERTINOS](#)

[CAPÍTULO 2. PENSAMIENTO LIBERTARIO, ESTADO Y NACIÓN](#)

[CAPÍTULO 3. PENSAMIENTO LIBERTARIO Y FILOSOFÍA](#)

[CAPÍTULO 4. PENSAMIENTO LIBERTARIO Y RELIGIÓN](#)

[CAPÍTULO 5. PENSAMIENTO LIBERTARIO Y VIDA COTIDIANA](#)

[CAPÍTULO 6. PENSAMIENTO LIBERTARIO Y EL MAL](#)

[CAPÍTULO 7. PENSAMIENTO LIBERTARIO E INTELIGENCIA ARTIFICIAL](#)

[CAPÍTULO 8. PENSAMIENTO LIBERTARIO, AMOR Y HUMOR](#)

JAVIER SÁDABA
**PORQUE SOY
LIBERTARIO**



